UN HIJO DE PERRA
y otros cuentos

JOSÉ BAROJA

Para Leyda, mi amada esposa.

PRÓLOGO
PARA SABER Y CONTAR…

Aunque mucho se sepa de un hombre que escribe un libro de cuentos, poco se sabe de esos cuentos. Y, aunque la peripecia que relatan nos resulte lejana o cercana a su autor, no cabe duda de que esas palabras a menudo tienen que ver más con nosotros mismos que con quien las creó. La literatura no llega como una noticia a nuestros ojos, ni arriba como un barco cargado de mercancías al puerto, ni siquiera como un don de aventuras o de presagios venidos de otro mundo o de otro tiempo. La literatura siempre tiene que ver con un dato interior, una información para el espíritu, un precioso reclamo a esas voces que, dentro de cada cual, habitan silenciosas y tímidas, esperando que alguien, con maestría oracular, sepa decir lo que no sabemos o no nos atrevemos a pronunciar. Por eso, ante todo, doy la bienvenida al mundo literario al que pertenece a este *Hijo de perra y otros cuentos*. Mi ilusión es que entre en él y sepa cohabitar en la noble casa de la palabra junto a otros tantos cuentos, novelas y poemas a quienes no poco debe toda palabra creadora. Que ingrese quizás con pasos sigilosos y mirada vigilante, como un estudiante que llega por primera vez a su colegio; pero que sepa asentarse en el diálogo creador que los libros tienen

entre sí, así como dialogan las buenas personas, los sabios, los desprendidos e incluso los locos, es decir, todos los que han comprendido que la ganancia de un cuento no se tasa en los mercados ni se juzga en los tribunales, a menos que ese mercado sea el de los valores preciosos y ese tribunal sea el de la verdad.

Walter Benjamin, en su célebre ensayo "El narrador", dice que "es común a todos los grandes narradores la facilidad con que se mueven subiendo y bajando, como sobre una escala, por los peldaños de su experiencia". En efecto, lo que percibo aquí, en estos relatos, es el vuelo de una experiencia que viene a nosotros no como filosofía ni como doctrina, sino como narración, es decir, como camino escalar que trasciende desde la vivencia individual hasta la "experiencia colectiva". No hay relato que sirva si no produce, como una piedra que cae en aguas tranquilas, círculos concéntricos que llegan hasta la orilla, a la orilla de otros tiempos, de otros pueblos; en suma, hasta la orilla del otro, la más infranqueable frontera que no puede superar sino la mágica y poderosa precariedad de la palabra. Nuestra Violeta Parra dijo que el amor puede lo que no ha logrado "el saber, ni el más claro proceder, ni el más ancho pensamiento". En efecto, el camino por el cual una narración entra en el corazón humano es el que

Miguel de Unamuno llamaba la "vía cordial". Un cuento es cosa del corazón, es materia sustancial que derriba férreas capas de desconfianza, logrando que alguien pueda sentir que aquello que otro dice es algo esperado, amado, temido, dolido, vivido por él mismo.

Benjamin dice que el cuento "aun hoy es el primer consejero de los niños", y lo dice porque, básicamente, el cuento-relato, anteponiéndose -como proyecto- al mito, contiene las disposiciones literarias que lo hacen distinto estructuralmente a aquel. Así pues, mientras el mito se yergue como una carga teológica que se instala sobre los hombros de las culturas, el cuento es traspaso de voz a voz, de persona a persona. El mito quiere ser palabra divina, mientras que el relato es diálogo entre seres humanos. En este sentido, al mito y al relato se los comprende analógicamente desde la tensión que ocurre entre el símbolo y la alegoría, respondiendo el primero a la ideología unificadora de la palabra-casa-del-ser de Heidegger y, el segundo, al tanteo experimental y dialógico con que se construye el devenir humano una vez que se ha aceptado el fracaso de los dioses.

Así también, mientras el mito-símbolo siempre ha gozado del prestigio de la solemnidad y de la

superioridad, el cuento, como "hermano menor", puede pasar por alto sus eventuales obligaciones con "la verdad", haciéndose "el tonto" y escamoteando la pesadilla del delirio tutelar de las ideologías, para transmitir, *sotto voce*, las cuestiones que son de su real interés: la vida y la muerte, el amor y el desamor, el encuentro y la pérdida, la alegría y el dolor. El mito está instalado en los anaqueles de la biblioteca sagrada y es recitado en los templos como *lectio divina*; el cuento corre por los callejones, se acomoda en los fogones, se escucha en las tabernas del puerto, se modifica al transmitirse de pueblo en pueblo, de navío en navío, de edad en edad.

Todas estas consideraciones sirvan para relevar el valor que veo en los cuentos que son precedidos por estas palabras introductorias. Se inscriben, así, en la dinámica metonímica del relato que pretende ir en su camino horizontal por la misma senda que han recorrido las narraciones de siempre, es decir, el camino de los hombres, el arduo tráfago en donde sus esperanzas han sido puestas a negociar con la humilde moneda de su portentosa y al mismo tiempo frágil aventura. En ellos se podrá encontrar lo que Benjamin llama (por citarlo una vez más) "la magia liberadora de que dispone el cuento", aquella que "no pone en juego a la naturaleza de modo mítico, sino

que es la alusión a su complicidad con el hombre liberado". De eso se trata, del hombre liberado, lo cual no significa otra cosa que el hombre arrojado a la búsqueda de su propio sentido.

Así pues, es para mí una gran manifestación de libertad el proceso que los estudios literarios han seguido, desde el siglo XX y especialmente con los aportes de Mikhail Bakhtin y sus estudios sobre la cultura popular en la Edad Media, en la línea de incorporar a la Academia los relatos populares. Y, si bien es cierto, el cuento ha gozado de un cierto prestigio y estatura dentro de las letras clásicas, también es cierto que es el género que, con mayor facilitad, flirtea con las voces de la calle, de la plaza, el pasaje, el puerto; lo que llamamos, en términos generales, la vida cotidiana. Sin embargo, su naturaleza proteica lo predispone también para otros ejercicios: el relato fantástico, el relato policial o de enigma, cuentos de alcoba, cuentos de hadas, etc. El llamado género breve es elástico en su extensión, pudiendo extenderse a límites que lo asemejan a la novela o reducirse al punto de caber físicamente en una línea. Su versatilidad se hace cómoda tratando tanto de príncipes o mendigos como de santos o de pecadores, de hombres o de animales, de vivos y de muertos e, incluso, en sus formas más

contemporáneas, se permite dialogar con los relatos clásicos asumiendo la forma carnavalesca de la parodia que, en definitiva, es una muestra fehaciente de la palabra y del hombre liberados.

En fin, pareciera que hasta ahora no he hablado mucho de los cuentos de esta antología. Sin embargo, así ha sido *ex profeso*, pues no deseo que este prólogo sea un comentario de cada uno de los relatos, cosa que sus lectores podrán hacer en su momento. Antes bien, mi deseo es ofrecer un marco de referencias para leerlos y ver cómo ellos pertenecen, a pesar de su juventud, a la gran tradición literaria en la que se inscriben. En efecto, aquí se encontrarán el suspenso, el enigma, el humor, la fantasía de un niño viendo los trucos de un adulto, la perseverancia de un anciano celebrando la fiesta de su único amor, la irreverencia de un perro que habla de los hombres para criticarlos y que sabe apreciar el amor de quien lo recogió, los fuegos y contrafuegos a las que se ve sometido el arte de la narración, el maravilloso arte de un hombre que cocinaba el mejor plato del mundo. Estos cuentos, enhebrados con el fino arte de la palabra común y exentos de barroquismos estériles, inclinan la punta de su lanza como un arado que entra en la tierra de lo humano para labrar el surco de esta otra palabra que llamamos "literaria". Nos llevan al

contorno paralelo de las sombras y las luces que adquiere la entonación creativa, produciendo extrañamiento, sorpresa, deslumbramiento, estupor y asombro, y, sobre todo y en todo, belleza.

Concluyo con unas palabras para su autor o, al menos, al que se esconde detrás del pseudónimo. Lo conocí cuando él no terminaba de ser joven y yo ya empezaba a ser un hombre maduro. Nos unían algunas clases donde él era un estudiante aplicado y yo su inexperto profesor. Nos unía un austero afecto recíproco, una sincera y sobria admiración por el trabajo de cada cual. Nos unía Augusto D'Halmar, prolífico narrador y alma inicial de nuestras letras. Nos unía y nos une la literatura o lo que en su acepción más antigua significa la "poesía", es decir, la creación. Nunca supe en qué cajón ocultaba sus escritos de entonces, ni tampoco si ya los escribía, ni si acaso si él sabía que algún día llegaría a publicar sus primeros libros. Ahora, que los libros nos vuelven a juntar, él como autor y yo como su lector empírico, aventuro que, en la patria literaria, podremos encontrarnos muchas veces todavía.

Jaime Galgani Muñoz
Académico UMCE
Escritor
Santiago, Chile

PRÓLOGO
ABRIENDO VENTANAS
Leyendo a José Baroja

> "La historia es siempre una fantasía sin base científica, y cuando se pretende levantar un tinglado invulnerable y colocar sobre él una consecuencia, se corre el peligro de que un dato cambie y se venga abajo toda la armazón histórica".
>
> Pio Baroja

Estoy leyendo unos cuentos y me dije "voy a preparar un té", al abrir el mueble donde acomodo los ingredientes, ahí tranquilo, casi borrado, había un recuerdo, el azucarero de mi madre donde guardaba los terrones de azúcar, los cuales me comía a escondidas cuando no sabía de la diabetes, ahí oculto en un rincón, sin uso, estiro la mano y mis dedos aprisionan el envase de las gotitas de la stevia, sonreí al recuerdo que inundó mi alma y lo dejé en su lugar.

El hombre del terrón de azúcar, es curioso, pero me trae los aromas de mi niñez, son esos olores inconfundibles de cuando solía encaramarme al peral y, aquellas incongruencias de la vida y las soledades, esos amores inconclusos que te dejan sabores

amargosos y que quedan en los grumos de las humedades del baúl.

Son las dos de la madrugada y estoy con otra taza de té y escucho unos ladridos, de primero pensé que era la Almendra, pero no, era otra perra, y pregunto: la vida es como de los perros, y sonrió, le digo a la hoja del cuaderno donde escribo "quien fue primero el huevo o la gallina", todo soñamos con una vida buena y sonreímos y cuando se nos da dura, es como la vida de perros, pero yo quiero ser una gata de chalet.

Dos y cuarto de la mañana veo un numero 421 y recuerdo el 263 o era 632 o el 362, "recórcholis" no me acuerdo porque en uno de esos números me bauticé de "viejita te amo" —a las tres de la mañana— de seguro volverá a sacarme los zapatos para no ser escuchada por mi madre y cuestiono la vida de perro, pero el 362 reaparece, y descubro que el mundo siempre es presente, creo que volveré a la página de la —Historia un hombre que amó—, haber si encuentro a una mujer que amo, pero no, mejor volveré a perderme —a la vuelta de la esquina— y conversaré con un fantasma, de seguro será entretenido.

El hombre del terrón de azúcar de José Baroja trajo a mi especiero los avatares de una existencia que ha sido generosa en imágenes y sabores, volvió a reencontrarme con aquellos saborcillos del tiempo que nunca deja de ser y que surge cuando menos se espera, estos cuentos que tiene sabor a vida y te ayudan a recordar aquellas singularidades que nunca dejan de estar.

Estas historias me traen a la memoria otras historias, las de muchos es cierto, entonces se me vuelven reales, hago de esta lectura nocturna un paseo por la historia de tantas historias, de amores y desamores, la vida misma haciendo su juego entre líneas, que bueno es cuando un cuento trae la esencia ancestral y nos lega la visión actual de la misma existencia.

Quizás ahora que son las cinco de la madrugada y hace frío y es invierno, mi esperanza es que estos cuentos traigan a futuros lectores lo mismo que a mí, el bagaje de su propia historia sumergida en los pasos de José Baroja que comienza su historia.

Mis mejores deseos a estos cuentos en los caminos de la vida, y que traigan a esos senderos por

caminar, otras historias, que sirvan al diálogo consigo mismo del lector.

Ya amaneció.

Lidia Mansilla Valenzuela
Poeta
Hualpén, Chile

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

> "La vida es la constante sorpresa de saber que existo".
>
> Rabindranath Tagore

—¡¿Qué fue eso?!—, gritó presa del espanto. Gritó, realmente gritó, pues el sonido que la forzó a detenerse fue, en ese momento, tan inesperado como difícil de clasificar. Ella, la hasta entonces tranquila y confiada mujer, cumpliendo con la que era su caminata cotidiana, como cualquier otro día durante la mañana; pero, justo antes de doblar la esquina, se vería obligada a detener su grácil recorrido, eco de un sonido, inesperado y difícil de clasificar.

—¡¿Usted escuchó algo!? ¡¡Sí, sí, usted!!—, insistió ahora a la primera persona que se le cruzó por esa vereda. —¡¿Está sordo?!—, le gritó con vehemencia, aún temblando ante la desconocida posibilidad de una respuesta que no quería escuchar. El hombre, en cambio, solo atinó a negar con la

cabeza, mientras se apartaba un tanto temeroso de la presencia de aquella extraña mujer en apariencia perturbada.

Sin duda, hasta ese momento, podríamos haber afirmado que se trataba de una señora saludable, bastante cuerda en este mundo de locos, vestida con ya varias décadas de experiencia sobre el cuerpo; lo que la hacía, en cierto modo, poco propensa a las reacciones sorpresivas como esta. Sin embargo, en ese instante, quien no la conociera, hubiera descrito a una anciana pálida, pequeña, temblorosa, entre asustada y melancólica, quien al ser consultada, probablemente no entendería, ni sabría explicar muy bien el porqué de su reacción inmediata. Por ello, no ha de extrañarnos que, al volver en sí, poco a poco, ante la mirada enjuiciadora del sujeto al que antes le había preguntado con violencia, un hombre, aparentemente, sin mayor galanura que una corbata multicolor y unos zapatos desteñidos, solo acertó a cuestionarse sobre su actual cordura: "¿La senilidad finalmente la había atrapado?"

Lo cierto es que, a la vuelta de la esquina, en una calle como cualquier otra, a la hora en que ella se disponía a doblar para encaminarse de regreso hacia su casa, quien hubiera puesto tanta atención como

ella, tal vez habría escuchado el sonido de un metal cortando el viento. Quizás, estaría pálido de terror y, seguramente, no podría realizar juicios negativos como los de aquel hombre vestido, formalmente, de corbata y zapatos a maltraer. No, quien hubiera puesto sobrada atención, habría escuchado algo similar al corte que hace una herramienta larga, curva y bien afilada en manos expertas. Quien hubiera puesto atención, como mínimo, hubiera palidecido por unos minutos, e incluso temblado ante la incertidumbre del misterio al acecho. Por lo menos, si fuera como ella.

En fin, horas más tarde, nuestra señora concluiría que solo una herramienta bastante grande y pesada, y aun así usada con excesiva destreza, podría haber sido el causante del sonido que a ella le provocó esa extraña sensación. —Quizás, algo salido solo de su imaginación—, pensaría. Es más, exactamente unos minutos después del sobresalto, ella imaginó que si su paso se hubiera acelerado, solo un poco más, tal vez hubiera podido confirmar las sospechas de algo espantoso, al presenciar cómo un metal afilado cortaba el cuello de algún anónimo ciudadano, mediante un arte inusitadamente técnico, casi como si desgarrara de manera pulcra el alma y el cuerpo en un solo *swing*. No obstante, al dar la vuelta

por la esquina, no encontró sangre, ni cortes: solo hubo llantos, hubo multitud, hubo *shock*.

Mucho más temprano, en otro punto de la ciudad, un personaje, de esos que llaman míticos, había tenido una noche como cualquier otra. La soledad, la rutina, las dudas existenciales lo acompañaban desde hace siglos, no solo desde ese despertar. No obstante, el dilema se agravaba al empezar cada día la nueva jornada: ir a trabajar o no, renunciar o no… Por ende, podríamos afirmar que sufría de esas mañanas que afectarían a cualquier trabajador, es decir, con todas las implicancias o temores relacionados con un un jefe enojado, un *statu quo* violado, la cesantía y esos problemas bíblicos que engloban una *eternidad*. En definitiva, era un ser que no tenía muchas opciones o que no quería afrontar consecuencias *celestiales*. Por lo tanto, su día se resumiría, insoslayablemente, como cualquier otro: ropa de trabajo, herramienta, a la calle. Después de todo, el listado entregado para esa fecha cubría las más diversas acciones para el más variopinto grupo de personas; aunque hemos de decir que, en los siglos ya pasados, las había experimentado casi todas.

En otro punto de la ciudad, la señora Inés, la dama que se asustaría hasta el punto de intimidar a

otro transeúnte que, indudablemente, la creería "loca", había comenzado la jornada, tal cual lo hiciera cualquier otro día desde que su marido había fallecido y sus hijos tenían sus propias familias; dicho de otro modo, desde que se había quedado sola. Ese día en particular, se había vestido con colores alegres, que, en cierto modo, le recordaban un poquito de su *juventud*: un vestido floreado, con el que había conquistado a su otrora marido; un chalequito para enfrentar los cambios de temperatura, pues uno a cierta edad ya no puede descuidarse; un sombrerito coqueto, pues le habían enseñado a ser una *señorita*; y una cartera bastante más grande de lo que se acostumbra; aunque igual de misteriosa que la de otras mujeres. Si esto fuera un cuento, podríamos afirmar que se trataba de un estereotipo de viejita, dentro de un espacio que había perdido su cotidianidad a la vuelta de la esquina.

A varias cuadras de allí, un hombre de apellido Araya, quien acababa de desayunar, también se disponía a salir rumbo al trabajo, varios minutos antes del suceso. El despertar, con sus cuarenta años, se había hecho algo pesado, no solo esa mañana, sino desde que tenía treinta. Su vida ya no poseía un propósito claro, si es que alguna vez lo tuvo: sin novia, sin novio, sin perro, sin gato, un dormitorio

para él solo, un paupérrimo sueldo que apenas alcanzaba para un par de cosas, mucho alcohol en el refrigerador, mucho alcohol en el cuerpo... En otras palabras, un perdedor reencarnado; si es que existe tal cosa.

Pese a la cuestionable existencia del Sr. Araya, ese día se había predispuesto a hablar con su Jefe, a exigir lo que le correspondía por todos los años de servicio. Incluso se había animado a invitar a salir a una chica con la que fantaseaba algunas noches; según él, no importaría si le decía que no. Por eso, solo por ese ímpetu juvenil, decidió ir ese día con la única corbata extravagante que tenía. Posiblemente, porque creyó que de ese modo sería leído como alguien joven y decidido, al que el Mundo le importa una *mierda*. Lástima que no pudiera hacer nada por sus zapatos.

No lejos de ahí, veintiocho años, deportista, exitoso, con un cuerpo que ya lo quisiera el actor de telenovela más reconocido. Su día comenzaba a las seis de la mañana. No le faltaba ni mujer ni hombre que estuviera a sus pies, pero, por ahora, estaba completamente dedicado a sí mismo. Su departamento poseía un estilo minimalista, muy elegante. Sin duda, ninguno de los otros personajes tenía lo suficiente como para poder costear algo así;

pero él sí. Ropa fina, para cada ocasión; los mayores lujos que puedan imaginar. Aunque, a las seis de la mañana lo que correspondía vestir era su tenida deportiva, creada para la máxima exigencia, digna de los máximos exponentes del *crossfit*. Curiosamente, ese día no salió a las seis de la mañana: se quedó dormido. Curiosamente, ese día decidió cambiar su habitual ruta y doblar por una esquina que no conocía. Por esas cosas del Destino, no alcanzaría a conocer ni a la señora Inés ni al Sr. Araya.

Cuando llegó la ambulancia, la policía, los mirones y muchos anónimos aparecieron a la vuelta de la esquina: la señora Inés aún estaba en *shock*. En el suelo, un hombre joven, vestido con ropas deportivas, yacía inmóvil, con las manos en la garganta. Luego se sabría que la causa de muerte había sido un ataque cardíaco fulminante. Su familia no lo comprendía; nadie en su sano juicio podría haber anticipado una muerte como esa a un sujeto que vivía casi como símbolo del deporte y el buen pasar. Solo la señora Inés tenía una teoría que, al parecer, resultaba algo hilarante para la mayoría de quienes inspeccionaban el lugar del hecho. Cuando le preguntaron, ella dijo la verdad: "Escuché un sonido como el del metal cuando atraviesa algo; sí, sí, aquí,

justo donde yo iba caminando"; "No, no, no vi nada, pero sé lo que escuché"; "No estoy loca, mijo".

Después de varias horas, el Sr. Araya, quien no había escuchado nada y creyó loca a la ancianita, llegó a su oficina. Se acobardó: no habló con su Jefe; no invitó a esa compañera con la que soñaba; volvió a casa entre quejas y reclamos contra un Mundo que le jugaba siempre en contra. La Sra. Inés, ya recuperada de la impresión de ver a un joven muerto sobre la vereda, por lo que haya sido, regresaba a su casa. Aunque primero pasó a comprar pan, unas cuantas frutas, aprovechó de coquetear con el vendedor, todo antes de volver por donde sus pasos ya habían recorrido durante muchos años.

Cuando llegó a su casa, se sentó en su silla favorita y por vez primera en una década no encendió el televisor, sino que optó por desempolvar sus habilidades detectivescas para aclarar un poco su mente: se sentía segura de haber escuchado lo que escuchó. Dudaba con una certeza única que ese joven tan hermoso hubiera muerto de un ataque al corazón, pues si fue así, por qué escuchó el metal; tal vez, el joven muerto tenía la respuesta. Silencio. Un misterioso silencio y, al día siguiente, una anciana de

ochenta y tres años muerta en una silla de madera. El motivo: aparentemente había muerto de vieja.

Casi todos la llorarían al día siguiente; excepto por un ser que se quejaba de su labor hace siglos y a quien no le interesaba ninguna de las pequeñas historias de esos seres humanos que se conjugaron a la vuelta de su esquina facilitándole el trabajo. Después de todo, la lista entregada no admitía omisiones: su Jefe no se lo permitiría. Además, el *statu quo universal* dependía de ello.

El primer nombre en la lista era un tal Andrés. Para el caso le daba lo mismo su condición social, económica o política, pues su trabajo se limitaba a leer el nombre, buscarlo y usar de forma certera su herramienta: siempre al cuello. El siguiente nombre era Tatiana: buscó, cumplió. Y así siguió indiferente, Gutiérrez, Pedro, Isabel, Inés, Mauricio… ¡Cuánto aburrimiento! ¡Cuánta rutina! ¡Ni un solo propósito! Al fin y al cabo, pura cotidianidad y olvido, pues nada fantástico hay en que todos los días la gente deba morir.

MELANCÓLICO RELATO SOBRE UNA PEQUEÑA ROSA ENCONTRADA EN EL JARDÍN DE LA UNIVERSIDAD

> ¿Puede uno recordar el amor? Es como tratar de evocar el aroma de las rosas en un sótano. Puedes ver la rosa, pero nunca el perfume.
>
> Arthur Miller

Como en otras ocasiones, el campus de la universidad se mostraba insuficiente para controlar los muchos "riachuelos" que se formaban, consecuencia de la aún presente lluvia. Esta había sido especialmente intensa durante las últimas horas hasta el punto de que más de alguien pensó, visionariamente, que esta no se detendría más. Por ello, más allá de la costumbre de descubrir nuevos canales, de quejarse por estos, e incluso de saltarlos como si se tratara de una película de aventuras, alguna persona se atrevió a comentar sobre lo inusual del fenómeno. —Parecía un verdadero diluvio—, se escuchó en más de un rincón.

No obstante, entre todas esas afirmaciones, destacaré la de una pequeñísima niña que, casualmente, transitaba por ahí. Transitaba, sin duda, mientras intentaba, con poco éxito, escapar de debajo

del paraguas de su mamá. Ella, tal vez, con una consciencia que, a muchos en la adultez nos falta o, simplemente, la perdimos, habría de asociar que tanta agua caída sobre nuestras *gordas y pesadas cabezas* se debía al llanto de algún poeta que caminaba por ahí. Y, tal vez, ella tenía razón, pues cierto poeta, muchas veces disfrazado de académico, a esa misma hora, caminaba preso de una tristeza de aquellas que suelen seguir a la desilusión.

En efecto, el Doctor en Letras Hispánicas Ramiro Gutiérrez paseaba totalmente ensimismado, esa inusual y lluviosa mañana del 24 de octubre. Desde la vereda contraria, quien se lo encontrara por accidente, entre los fríos y angostos edificios del campus universitario, descubriría a un hombre mayor atrapado en un lentísimo vaivén, en lo que parecía, a primera vista, un torpe acto de caminar. Quien lo observara con mayor atención, sin duda, hubiera descubierto una mirada extraviada, como si en el horizonte se divisara algún pensamiento otrora feliz. Quien incluso fuera más allá y lo saludara, habría sentido el latir lastimado de un pecho que no se resignaba a perderse en el ayer.

Como fuera, así se le veía, allá, en el campus de la universidad, camino, probablemente, a una sala

de clases a la que, de seguro, acudiera en más de una ocasión, bien vestido en su disfraz de profesor. Después de todo, debía dictar su cátedra, eso era intransable por más sentimentalismo romántico que lo invadiera en ese momento. Aunque, no hemos de engañarnos, más allá de su indudable responsabilidad como académico, en ese instante, pocas cosas podrían haber sido más terribles que tener que fingir felicidad frente a personas que, quizás, ni siquiera sospecharían o intentarían comprender el dolor que bajo su pecho de poeta se acumulaba desde la noche anterior.

Obviamente, la clase resultó ser un espectáculo fingido y pésimamente llevado. Tras ingresar a la enorme sala del segundo piso, ubicada justo sobre la secretaría estudiantil de la universidad, Ramiro, automática y rápidamente, saludó a todo el grupo curso; tal como el protocolo exige y tal como lo había hecho en numerosas ocasiones. Acto seguido, se quitó su chaqueta y su sombrero, dejándolos, con sutileza y con una pizca de teatralidad, sobre su escritorio. Esto, casi al mismo tiempo, en que se le escapaba un profundo suspiro, del que los presentes ni se enteraron, para, finalmente, comenzar su discurso. En consecuencia, el ritual de inicio de clase había sido en apariencia completado con éxito.

Sin embargo, después de varios minutos hablando, Ramiro habría de comprender que, simple y llanamente, había confundido la asignatura con otra que impartía, al mismo nivel, pero en día diferente. Fueron diez minutos completos platicando sobre la Gramática española, sobre el morfema "tanto" y el sintagma "cuánto", en lo que en realidad debía ser una clase de literatura. Como resultado de esta epifanía, lo siguió un notorio tartamudeo, una broma de poca gracia, con el objetivo de persuadir a sus alumnos que todo había sido intencionado, y un dudoso reinicio con palabras que buscaban motivar a los estudiantes con respecto a la lectura y la educación. Al final, tras asegurarse tres veces de a qué asignatura correspondía ese momento, comenzó su cátedra. Como dije "un espectáculo fingido y pésimamente llevado".

El tema central de su asignatura, ese extraño día de primavera, era *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. ¿Cuántas veces había hablado de ese pícaro personaje? Incontables veces. Seguramente, era el tópico que en más ocasiones había enseñado desde que egresara hace años de la universidad. A esta altura de su vida, ya debía saberse de memoria cada uno de los tratados que componen el texto, dónde va cuál y tal sátira, la estructura, las

características de los personajes, etc. Lamentablemente, nada de eso importó cuando se dio cuenta de que no era capaz de hilar de modo coherente esas ideas que habían transitado con tanta facilidad, desde su cerebro hacia sus estudiantes en múltiples situaciones. No, lo que él quería era desaparecer de ese lugar como quien hace un sorpresivo acto de magia. Tal era su deseo, que cuando mencionó que *El Lazarillo* era obra de un autor anónimo, solo atinó a imaginar cuánto desearía convertirse ahora en ese absoluto NN. Aun así, debía proseguir frente a esos sesenta estudiantes, en un loable intento por sonar erudito y centrado, incluso mientras la tristeza lo carcomía.

Fueron cuarenta y cinco minutos precisos de clases. Cada quien evaluará desde su perspectiva si fueron cuarenta y cinco minutos valiosos o, simplemente, una pérdida de tiempo. Lo que es seguro es que Ramiro solo pensaba en cerrar la jornada, en despedirse y en sonreír como el gran actor que era durante ese día. Es así como, en un extraño arrebato de agilidad, una vez completados los malditos minutos, levantó su mano, la movió con cierta destreza, al mismo tiempo que pronunciaba de manera elegante "nos vemos la próxima semana". Sin olvidar su característica sonrisa, ubicó la salida, por

suerte construida a un costado del pizarrón, y antes de que cualquiera pudiera acercarse a realizar una consulta, lo que no hubiera sido extraño después de cómo se dio la cátedra, salió.

El Doctor Ramiro Gutiérrez se encontró de inmediato con un extenso pasillo que llevaba hacia uno de los patios de la universidad. Puesto que estaba lloviendo, muchos estudiantes de otras carreras lo ocupan masivamente como si el agua pudiera hacerles algo trágico en ese inusual día de octubre. No obstante, esto no lo detuvo, sobre todo porque tras esos cuarenta y cinco minutos de *via crucis romántico*, no quería decir una sola palabra más en su calidad de académico. Entonces, como si se tratara de un laberinto por sortear, recorrió rápido los espacios que quedaban entre cada uno de esos seres humanos, que allí evitaban la lluvia, hasta que logró escapar.

Afuera, efectivamente, lo esperaba el temporal. Viento y lluvia que, según una pequeña niña que desde temprano tratara de escapar de la protección de su madre, había sido provocada por un desconocido poeta viviendo en suma tristeza. Poeta que nosotros hemos identificado, directamente, como el Doctor en Letras Hispánicas Ramiro Gutiérrez, antiguo académico y desconocido escritor. Aunque, si hemos

de ser sinceros en nuestra historia, dudo que él se sintiera como el causante de ese diluvio. Esto, más allá de que las lágrimas que no había derramado ese veinticuatro de octubre eran equivalentes a la cantidad de milímetros que ahora se acumulaban en las callejuelas de la universidad. Por ello, lo más probable es que la causa estuviera bajo su pecho.

¿Dejaría de llover en algún momento? Si bien es cierto que, durante el último tiempo, Ramiro Gutiérrez había mostrado tendencia hacia la literatura lacrimosa y sufrida, nunca había sentido en carne propia lo mismo que, por ejemplo, el patético Werther o el galante Don Quijote. De todas formas, es probable que en el ahora, tanto sufrimiento por amor, hasta cierto punto, le resultara incluso sublime en su rol de poeta, porque, al fin, entendía en carne propia las palabras de Goethe o de cuánto autor romántico admirara; asunto que, tal vez, lo llevaría, por cierto, hacia un mejor arte. Pero, cuando razonaba sobre ello, el dolor no resultaba tan excelso como en el arte literario y, por lo tanto, se le hacía difícil cumplir con sus obligaciones como académico. Entonces, entendemos por qué una vez terminada su cátedra, en vez de caminar hacia su oficina, retomó un pausado vaivén acompañado de una mirada perdida que reflejaba esa tensión.

En eso andaba nuestro poeta, ya cumplido su rol de profesor. Rubén Darío diría andaba, andaba… extraviado de sí mismo; perdido a través de los caminos de la vida, tal como dice la canción. Mas, cuando parecía que todo seguiría igual en su horizonte, bajo un árbol, a un costado de la Facultad de Ciencias de la Educación, descubrió un brillante capullo rojo brotando bajo la lluvia. Por un momento, dudó sobre su existencia, pues él nunca lo había visto o había escuchado comentario sobre algo tan hermoso germinando dentro de la universidad. Aunque, esto bien podría explicarse por esa postura aprendida del mundo de la academia de nunca mirar hacia abajo.

¿Desde cuándo estaba allí? ¿La lluvia lo había hecho aparecer? ¿Será posible que las lágrimas hicieran nacer tan fastuoso "poema" a un costado de la academia? No lo sé. Solo sé que, instintivamente, su andar avejentado mudó por el de un atleta, pese al exceso de tabaco en su cuerpo, pese a un corazón que no latía demasiado fuerte desde ayer, pese a las pocas ganas de vivir que tenía ese día. En cuestión de segundos, estuvo junto a esa gloriosa aparición, por lo que su caminar se detuvo de lleno para así contemplar, egoísta y plenamente, bajo la persistente

agua que golpeaba su *cabeza gorda y pesada*, la que tal vez fuera la flor más encantadora que en su vida hubiera conocido.

Absorto, simplemente, absorto, quedó al descubrir que más que un capullo, era una rosa perfecta, de un color rojo tan intenso, que incluso hizo latir nuevamente su corazón como el de un recién enamorado. Allí estaba, solo para él, pues nadie más caminaba bajo esa lluvia, todos se escondían como si fueran a ahogarse por un poco de agua, por un poco de tristeza poética. Era una aparición tan hermosa, tan delicada, que estuvo a punto de declamar ahí mismo algún verso de Huidobro o de Neruda, dedicado, por cierto, a la pequeña rosa. No, lo correcto era que fueran versos escritos por él, pues, inesperadamente, esa pequeña flor le estaba devolviendo aquello que creía perdido: su arte.

Entonces, sin mediar más espera, sacó su cuaderno, eligió un lápiz entre los pocos que traía encima, se sentó sobre el barro, sin importarle nada más, y comenzó a escribir. Ello, mientras la lluvia lo acariciaba como quien se reconcilia con su amante, luego de un día de separación. "Reconciliación" era, indudablemente, la palabra precisa para ese *intersticio*, pues en ese solo acto de creación, Ramiro había

abandonado para siempre al "académico" que tanto lo estorbaba en su hacer.

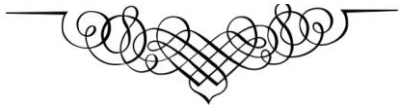
De modo que, después de varios minutos, simple y delicado, tradujo a sus palabras el encantador poema que era esa flor. Después de varios minutos, observó a la pequeña rosa y declamó:

Allí floreces.
Allí abres tus delicados pétalos,
Mi pequeña rosa.
Mientras yo aprovecho de abrazarme de tu tallo
Para no huir más,
Pese a las espinas,
Pese a la sangre
Para acompañarte así el resto de mis días.
Pues tus pétalos,
Ya me han quemado,
Sutiles y violentos,
Con su intenso carmesí.

Al final, solo restó suspirar. Estaba tan extasiado en ese *carmesí*, tan sonriente, que si se lo hubiera propuesto, le habría escrito veinte, no, cuarenta poemas con el título *Sonatas*. Así lo pensó, sentado en el barro, sin nadie más cerca, solo ella y él.

Desde el momento en el poeta Ramiro Gutiérrez se sentó a escribir, los años que tenía desaparecieron, una música se escuchó leve en su oído, una lágrima cayó sobre la hoja; sí, una lágrima que brotó desde sus ojos, desde su pecho, dejando una evidente marca sobre el papel, al mismo tiempo que la lluvia dejaba de caer sobre Curicó.

Repentinamente, al salir el sol, el poema voló sin dueño, mientras él se desvanecía como una ficción llamada "cuento". Nadie más lo volvió a ver, pero la rosa siguió allí, hermosa y carmesí.



A LAS TRES DE LA MAÑANA

"No hay medicina para el miedo".
Anónimo

Las tres de la noche. Tal vez, un poco más tarde; digamos las tres y media de la noche. Había sido un día difícil; difícil como muchos desde que se había mudado de casa de sus padres. La responsabilidad de hacerse cargo de un departamento le pesaba: estar pendiente del pago de la luz, del agua, de la comida, de la Internet. Maldita Internet que lo consumía hasta muy tarde obligándolo a asumir las consecuencias al día siguiente. Es verdad, al principio todo le había parecido una ventaja: eso de dejar abierta la puerta del baño, mientras sentado cagaba o leía las últimas novedades en la web; andar desnudo tampoco le parecía mal. Sin embargo, a los pocos meses se daría cuenta de lo que realmente implicaba vivir solo o, al menos, vivir como él quería.

Esa noche, se había acostado relativamente temprano, al menos, para lo que acostumbraba. Unos cuantos "me gusta" en su perfil virtual, una última revisión a sus mensajes en el celular y, a la una con treinta minutos, ya babeaba sobre su almohada. Cuando se acostó, la temperatura del dormitorio era agradable; prácticamente no había ruido. A las dos, las cosas seguían más o menos igual. Sin embargo, el problema iniciaría a las tres de la noche, momento exacto en que un radio-reloj, que descansaba siempre sobre el velador, comenzó a hacer un ruido extraño. A las tres y quince minutos, más o menos, se sumó un calor especialmente desagradable. Mientras tanto, no sé qué estaría soñando, pero, ciertamente, su rostro no evidenciaba algo bueno.

De súbito, a los minutos en que la temperatura comenzara a elevarse y el reloj enloqueciera, sonó el timbre. Obviamente, él despertó sobresaltado. Sin embargo, no se levantó. Después de todo, quién mierda toca el timbre a esa hora. Se movió de un lado a otro sobre la cama como intentando encontrar ese espacio idóneo sobre el que reposara su humanidad. Luego, se estiro como suelen hacer los gatos. Y en ese intento estaba cuando notó que sudaba copiosamente por la inusual temperatura. De inmediato, se destapó quedando solo con una delgada sábana bajo su

cuerpo. Permaneció unos segundos con los ojos entreabiertos o entrecerrados; quién sabe. Balbuceó algunas palabras, difícilmente audibles, incluso para quien durmiera junto a él. A los pocos instantes, sus ojos finalmente se cerraron. El peso del día anterior hacía dificultosa otra acción o eso quería creer. Empero, no, no podría dormir, pues el timbre volvió a sonar.

Abrió los ojos, los sostuvo un buen rato. Recordó aquella película de Kubrick en que Álex era obligado a mantener los ojos abiertos; para él también era una tortura mantenerlos abiertos. Por ello, se quedó muy quieto durante algunos minutos con la esperanza de que este no volviera a sonar. Quién sería a esa hora. Era la primera vez que su timbre sonaba de madrugada; quizás el hecho se convertiría en una cuestionable conmemoración para el futuro o, tal vez, en una de esas anécdotas que exageraría la próxima vez que viera a sus amigos o que intentara escribir un cuento.

El radio-reloj seguía emitiendo un extraño ruidito; sonido que parecía indiferente a su ahora despierto dueño. Este marcaba las tres y treinta. Lamentablemente, nuestro protagonista no sabía, como sí sabemos nosotros, que ya habían pasado

muchos minutos desde que el reloj marcara esa hora. Por ello, nada le resultó extraño cuando lo tomó para corroborar la hora, por lo que sin más, lo devolvió a su lugar, y decidió esperar un rato observando las manchas del techo, por si el timbre volvía a sonar. —Algún día debía pintar—, pensó; en tanto, el calor se hacía cada vez más intenso.

Por algún extraño motivo, cierta sensación de apego lo invadió: era su departamento. Aprovechó de observar de reojo su dormitorio. En realidad todo permanecía en su sitio, tal como él lo dejaba siempre. Una corbata de muchos colores sobre una silla, en la que también había unos zapatos desgastados. Un cuadro mal colgado; pésimamente colgado, al fondo del dormitorio. Un televisor pequeño que encendido transmitía más interferencia que señal; pero que ahí estaba para hacerle compañía los días que dormía solo. Una enorme ventana sin limpiar y, al costado de la cama, el baño, con su omnipresencia sin discusión. Todo en su lugar; incluso él. Quien yacía sobre su cama americana sudando como si estuviera contando los pasos a través del corredor de la muerte. No, otra vez. El timbre sonó.

Esta vez, quien estuviera llamando optó por sostener el dedo sobre el timbre haciendo aun más

molesto su sonido; parecía desesperado. Por ello, decidió incorporarse e ir a ver; ciertamente, con bastante lentitud, esa misma que invade al que duda de si debe o no hacer algo. Lentamente, buscó en el suelo un par de pantuflas que se había traído de casa de sus padres. El timbre ahora sonaba con una insistencia perturbadora hasta el punto que a él ya le parecían lamentos. Se colocó su bata y caminó rumbo a la puerta, no sin antes hacerse, instintivamente, de una escoba, con el objetivo evidente de defenderse si era necesario.

Aunque parezca extraño, por un instante recordó la época de colegio. Cuántas veces abusaron de él sus compañeros, no físicamente, sino con sobrenombres, con menosprecios. Cuánto hubiera deseado tener aunque fuera una escoba para defenderse y así no hacer lo que hizo. Aun le remordía el cómo había humillado a un chico menor que él para así ser ascendido en esa especie de jungla que a veces nos rige en la adolescencia. Algunos decían que aquel se había suicidado años después, mientras se preparaba para ingresar a la Escuela Militar, pero él nunca prestó mucha atención a esos detalles. Aun así, por un momento pensó que, tal vez, como en las películas, el fantasma de este chico buscaba venganza.

"Ojo mágico" le dicen a ese artefacto que pretende superar el misterio de quién está detrás de la puerta, de quién ha llamado insistentemente con el timbre a las tres y algo de la mañana, restándole gracia a la incertidumbre de abrir una puerta. Ahí estaba él, de pie. Con miedo a acercarse a ese "ojo mágico" y descubrir "algo" que ahora le causaba miedo. Porque eso sucedía con él: su imaginación lo llevaba hacia distintos caminos, todos trágicos y horribles. Sudaba, temblaba, se angustiaba, quedaba inmóvil no logrando juntar el valor suficiente para descubrir la *verdad*. El "Ojo mágico" lo observaba, mientras él contenía las ganas de orinarse encima, sin tener claro el porqué. Presa de esa mezcla de cobardía y curiosidad, propia de las películas de terror de los ochenta, donde todos sabíamos que los protagonistas no debían ir por ahí, él sabía que no debía ver, pero lo hizo. Se acercó, enfocó… nada.

Un suspiro, un relajo, unas ganas enormes de ir al baño que surgieron con cierta espontaneidad, por lo que raudo tras tan satisfactorio descubrimiento, se apresuró a ir al baño. Sin embargo, cuando se disponía a sentarse con toda la plenitud de su humana condición en ese trono por el que trabajaba día a día… Sí, el timbre volvió a sonar. Quedó congelado

durante unos minutos, mientras la orina caía desde un miembro empequeñecido por el temor que le causaba la sensación de una muerte cercana. Muerte que, por lo demás, no tenía nada de objetividad, de científico, de empírico, pero que en su subconsciente le parecía muy real. Es así como, no prestó mayor atención a la humedad que calentaba su pierna, que la recorría desde arriba hasta el tobillo. Y fue corriendo hacia la puerta. ¡Quién mierda es! ¡Di algo *hueón*! Nada.

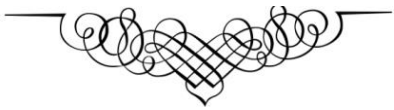
Entonces, decidido, tomó firme el mango de la puerta, quitó las llaves y abrió, resignado a lo que fuera. Estaba atónito, perplejo, sorprendido, con la mirada perdida a través de un pasillo oscuro, pero vacío. ¡Vacío! Nadie. Ningún ser en lo absoluto: ente ni parecido. Un buen rato permaneció estático bajo el portal, dudoso de si atravesarlo o no, incierto sobre cerciorarse que no hubiera nadie más allí, quizás escondido. Miró y miró, pero no pudo salir de su cuarto. Su voluntad no estaba con él, su instinto lo retenía en el improvisado claustro de su seguridad. El esfuerzo por asomarse había hecho merma en su ímpetu, en su poco coraje, en su, a ciencia cierta, poco espíritu para aventurarse más allá de lo que la vida predisponía. Cerró la puerta.

Su vida había sido una suma de decisiones poco comprometidas. Nunca invitó a salir a nadie. Nunca se emborrachó con amigos. A todo evento social le hizo el quite. Salió de la universidad casi por la divina providencia. Nunca se arriesgó a hacer lo que le gustaba. No tenía dotes de deportista. Prefería un libro de autoayuda, por sobre un clásico literario; tenía un trabajo mediocre, que, eso sí, le permitía pagar el departamento. En cierto modo, si hiciera una suma de los instantes llenos de valor, coraje, honestidad, sinceridad de su vida, el resultado hubiera sido negativo. Los malos, en cambio: robo, mentira, adulterio, pereza… ¡Qué más podríamos decir!

El timbre sonó. Se mantuvo sonando un rato: más que nunca parecía una mezcla de quejidos y lamentos. Esta vez no retrocedió. No se le ocurrió revisar el aparato, que quizás estaba fallando: era una probabilidad más que cierta. Un timbre en mal estado que no deja de sonar es una posibilidad verosímil. Tampoco pensó en llamar a la puerta, en pedir, en exigir con cierta vehemencia que salieran. No, él en un acto de estupidez, producto del miedo, del asombro, de una sensación que no entendía, que le prohibía cruzar el umbral de su departamento, se encaminó hacia su cama. Ese departamento era el

único bien propio que poseía; tan propio como puede ser un arriendo.

Volvió a la cama. Se quitó la bata. Se desnudó. Se cubrió con una sábana que ahora asemejaba más a una mortaja, pues el sudor ayudaba a que se adhiriera al cuerpo como tal. El timbre seguía sonando, lamentándose como si fueran gritos atrapados en una sola nota musical. La temperatura seguía aumentando. El radio-reloj chirriaba. Y él ya no podía dormir presa del calor, del sonido, del miedo, de su deseo de permanecer yaciendo sobre su lecho. No sé qué pasó al día siguiente si es que lo hubo. Quizás todo fuera una repetición hacia el *infinito*.



HISTORIA DE UN HOMBRE QUE AMÓ

> "No ser amado es una simple desventura. La verdadera desgracia es no saber amar".
>
> Albert Camus

Desde una antigua silla de madera, de al menos medio siglo, un viejecito de pelo blanco, de arrugas prolongadas y de sonrisa de tabaco, contemplaba, con mirada aún adolescente, a una delgada joven de bellas formas y coquetas intenciones. Definitivamente, sus ojos no podían apartarse de ese viejo mueble, quizás tan viejo como él mismo, porque, sobre este, posaba para él, y solo para él, esa joven dama, hermosamente capturada dentro de un pequeñísimo marco. En efecto, todos los pasillos de esa casa, todas las actividades en ese hogar, todas las intenciones dichas o no dichas y todos los pensamientos y deseos, lo transportaban automáticamente hacia ese mínimo altar, frente a ella.

Hemos de afirmar entonces que si había algo inevitable en este mundo, era ello. Después de todo, cualquiera hubiera notado que cada vez que sus ojos descansaban allí, sobre el viejo mueble, el anciano se quedaba atónito observando la pequeña fotografía, como si estuviera perdido en el *tiempo*. Luego sonreía. Finalmente, se enamoraba. Una y otra vez se repetía la historia. Insistente, casi por arte de magia, por absoluto deseo, se detenía para buscar los enormes ojos de esa señorita, quien vanidosa, con ropas de otra época, revelaba una enorme alegría frente a una cámara de otro tiempo, dentro de ese cuadro que prolongaba, indefinidamente, el *recuerdo*.

Él, sonriente, anciano, cándido, enamorado, no le quitaba los ojos de encima, como si fuera un punto fijo de la *eternidad*, como conmemorando el acierto de haber tomado esa foto, de haberla *inmortalizado*. Por eso no es de extrañar al lector, que cada vez que lo hacía, cada vez que su espíritu descansaba allí, sostuviera firme una copa de buen vino, prestamente ubicada junto a una botella de *cabernet*, con la que no dejaba nunca de brindar como si en esta escondiera una profunda esperanza, al contemplar al amor de su vida; aunque también se notaba mucho de ansiedad.

Años habían pasado desde que comenzaron a vivir en ese "hogar", porque en eso se había convertido esa envejecida, pero siempre hermosa casa: en un verdadero "hogar". O, al menos, así lo entendieron desde el momento mismo en que se mudaron allí, en que comenzaron a darle forma a sus anhelos de felicidad. Al principio les fue difícil, como a todo matrimonio joven; pero no tanto, pues nunca estuvieron solos en esta aventura: siempre se tuvieron uno al otro. Ciertamente, fue tan poderosa esa unión durante el *tiempo* que duró, que en esa enorme casa habitada ahora por un ancianito con olor a tabaco, nunca se alcanzó a sentir la *soledad*. Esto, aun cuando, el mundo alrededor había cambiado progresivamente.

Ahora edificios impensables en su juventud se elevaban dentro de un barrio en el que muy pocos de sus primeros vecinos aún vivían, pero en el que ya varios habían sido velados. El almacén de la esquina, ese almacén de toda la vida, ya no existía más, puesto que hace poco habían abierto un enorme supermercado. ¿Cómo competir contra esos monstruos del capital? Ya poca gente lo saludaba en la calle, como si los buenos modales se hubieran vuelto obsoletos y el desear un "buen día", una cosa extraña, fuera de estación, incluso sospechosa.

A veces, a la vuelta de la esquina se encontraba con la señora Inés, vestigio de otro tiempo, con quien, por cierto, conversaba como solía hacerlo en su juventud. Por ello, su sorpresiva muerte fue una muy mala noticia. Al final, su casa, su hogar, se convertía en ese espacio maravilloso donde aún podía ser él, libre y soberanamente. Y esa silla, frente a la joven y coqueta dama de la fotografía, su lugar idóneo, místico, donde cada tarde abría una botella de vino y conversaba con el pasado; siempre, mientras buscaba los enormes y dulces ojos que le coqueteaban descaradamente.

Ese era sin duda su retrato preferido, la foto que más adoraba de ella, el sueño predilecto y único de su contemplación cuando se trataba de beber un buen *cabernet*, afirmaba. No obstante, las paredes de su casa estaban llenas de imágenes de un pasado feliz, que en su mente parecían una *constante* fuera del *tiempo*. En el living, en el comedor, en el dormitorio, junto a la escalera, se observaban varios y antiguos cuadros de distintos tamaños, de diferentes momentos, de diversos instantes de su vida, como si su cámara nunca hubiera dejado de funcionar. Desde hace años, el ancianito solía dirigir sus miradas hacia esos lugares de los *recuerdos permanentes* como si al hacerlo, todas las

historias, anécdotas, risas, llantos, alegrías, tristezas hubieran sido *ayer*; y volvieran a ser *mañana*.

El día martes, por ejemplo, junto a la delgada joven de ojos enormes, el viejito redescubrió a una esbelta dama vestida a la usanza de una bella princesa de fábula recorriendo las escaleras: "Blanca y radiante", recordó. Luego se sonrojó como si acabara de "pedir su mano". Un día miércoles, sobre la mesita coja de su dormitorio, su vista lo obligó a enamorarse otra vez, puesto que su mirada coincidió con la de una hermosísima mujer, quien le sonreía lúdica con un bebé en sus brazos; bebé que casi simultáneamente comenzaría a llorar. O esa es la historia que alguna vez me contó. Jueves, viernes, sábado, domingo: la vida parecía renacer en su hogar, sin detenciones, tras cada vistazo, como si realmente fuera *inmortal* dentro de ese torbellino de imágenes llenas de magia e historia.

Hoy se detenía en esa foto, mañana sería otra. Ayer contemplaba a un joven, muy parecido a él, vestido de traje, que sonreía junto a la dama del cuadrito sobre el viejo mueble. La historia tras la imagen era sencilla: ese día, se habían juntado después del trabajo. La ciudad, en ese entonces, no era un bloque de cemento, por lo que no era tan difícil llegar

al campo o, simplemente, encontrar un árbol. Hacia allá fueron. Buscaron un lugar tranquilo. Se recostaron sobre el pasto. Un árbol les dio sombra. Hablaron de todo y de nada. Proyectaron el futuro. Se dijeron cuánto se amaban. Se besaron. Casi sentía el calor y la textura de esos labios cuando recordaba. Una lágrima acompañada de una sonrisa: "Estoy embarazada". Ahora él lloraba de felicidad. Luego, la tarde se transformó en una búsqueda incesante de nombres. Su primer hijo. Ella aprovechó la oportunidad. Le sacó la cámara de su maletín: una foto que después colgarían en el pasillo de su casa. Recuerdos, memorias, pensamientos, en cada mirada que daba desde esa silla, desde ese espacio personal.

Así estaba, como cualquier otro día de esas infinitas semanas, cuando de súbito un niño corrió frente a él: buscaba una pelota. Entonces, él se levanta un momento de su querida silla. Necesita comprobarlo. ¿Realmente lo vio pasar? Observa. La puerta está abierta al final del pasillo. Un sentimiento juvenil y alegre lo atrapa. Se dirige al jardín. Se asoma y ahí está. Tiene cinco años. Está usando la ropa que le compraron hace unos días. Está todo sucio. Quizás dónde estuvo jugando. Sin embargo, no lo amonestará. Le gusta verlo ahí, lleno de vida; saltando de un lado a otro; jugando. Con entusiasmo le

pregunta desde la puerta si puede jugar con él. El pequeño antes de responder cualquier cosa le lanza la pelota. Él la recibe, la mira, sorprendido de lo real que es. El niño se la pide, él se la devuelve. Parece algo simple e insignificante, pero no. Posiblemente sea el juego más importante de su vida.

En eso están, cuando el portón se abre de lado a lado. Aparece ella, radiante y con una frescura primaveral. Trae de la mano a una niñita, un poco menor que el pequeño Cristóbal. Tiene trenzas y un vestido muy bonito. Rápidamente se suelta y se dirige hacia donde está su hermano. Le quita la pelota al pequeño. Llantos: se la devuelve. El ancianito permanece absorto, invadido por cierta tranquilidad que lo conmueve. La niñita se acerca a darle un beso.

Sonríe, alguien lo llama desde el interior de la casa. "Amor", escucha. Sin pensarlo, camina hacia esa dulce voz. Se mueve lento, cansado, pero feliz y decidido a responder al llamado. "Amor", vuelve a escuchar. Concluye que las palabras vienen desde el dormitorio, desde el segundo piso. Con mucho esfuerzo sube las escaleras: lo vale, una última aventura digna de ser vivida.

Debe llegar hasta su cama: su alma dice que debe hacerlo, o eso cree escuchar. Al fin. Una mujer desnuda, la madre de sus hijos, lo invita a la cama. Ni siquiera se cuestiona qué está sucediendo. Solo sabe que frente a él está el cuerpo más hermoso que haya visto en su vida; imperfecto y perfecto a la vez. Él la observa desde el umbral de la puerta y queda prendado de los enormes ojos que lo invitan a recostarse junto a ella. No se mueve, pero de algún modo, se mete en la cama. Ríen, se confunden entre las sábanas, hacen el amor, una y otra vez. Realmente hacen el amor, como dos cómplices de toda la vida.

Casi de inmediato, una melodía de tango lo sorprende desprevenido: el cuarto se llena de Gardel. En el pasillo, más imágenes *sin tiempo* aparecen una tras otra. Su hija, su hijo, su amor lo miran y él los ve, de distintas edades, en distintos momentos. Lo saludan, se despiden. Lo besan, se enojan, se alegran con él. Lunes, martes, miércoles, los recuerdos no se detienen: es una vorágine fantasmal. En su dormitorio, una joven sensualmente vestida lo espera, nuevamente, para dormir, para hacer el amor. De inmediato celebra su cumpleaños. Presencia el matrimonio de su hijo. Acepta el noviazgo de su hija. Apoya a su "pequeño" cuando su relación se acaba.

Se viste para la titulación de ella. Hasta que, finalmente, un vaho de tranquilidad lo envuelve.

La casa vuelve a estar en silencio. Él observa a una hermosa mujer, de rasgos maduros y tiernos persiguiendo a un pequeño niño frente a él; luego siente un beso sobre su frente. De súbito, el pequeño crece, como en un cuento breve. Ella lo abraza y permanece así junto a él. ¿Acaso percibe su leve aroma a cerezas por algún acto de magia inexplicable? No lo sabe, pero desde su asiento, en esa enorme y vacía casa, su pecho se acelera, junto a una mujer de pelo cano, de arrugas prolongadas y de sonrisa de rubí de pie junto a él, quien lo invita a ponerse de pie. ¿No lo había hecho acaso? Sonríe, se enamora. Desde su ventana, sin embargo, quien tuviera curiosidad por ver qué sucedía dentro de la antigua casa, solo descubriría a un anciano inclinado sobre su silla, inmóvil, con dos copas frente a él, como si hiciera un brindis en el silencio.

BREVE HISTORIA DE UN HOMBRE QUE PERDIÓ A UNA MUJER EN EL DEPARTAMENTO 421

"Escribir es defender la soledad en la que vivo".

María Zambrano

El movimiento de dos cuerpos que se descubren como si fuera la primera vez, el ir y venir como un oleaje sobre esa cama de dos plazas, los besos tiernos mezclándose entre breves y precisas mordidas, todo lo que allí pasaba podía describirse, más o menos, como el desarrollo de un sentir, a veces, constante, agitado, violento, otras, pausado, tierno y armónico; paradójico, sí, pero envuelto con una romántica y justa intensidad. Obviamente, no se parecía a esas pelotudeces a la que cierto cantante guatemalteco llama "amor" o "romance"; no. Entre esas miradas corpóreas, en medio de esos coqueteos libidinosos y de esos impulsos salvajes, no había dudas ni versos sobrantes, ni siquiera una mala canción: ambos sabían que, en algún momento, dentro de esa vorágine, sus

bocas deberían besarse, nuevamente; que, otra vez, deberían enredarse sus lenguas, húmedas y deseosas; que no deberían temer al tacto; que perderse era una opción real. Y que, aun así, al final, todo se resumiría en una mirada tierna, profunda y sin parangón, acompañada de un inesperado y, aun así, sincero, "Te amo".

Así eran esos sublimes y locos encuentros de los fines de semana. Encuentros en que, instintivamente, se descubrirían el uno sobre el otro, sentirían sus cuerpos confusos, totalmente trémulos, atrapados entre las desordenadas sábanas, no dejando lugar para la cínica tristeza de la semana, del trabajo, del estrés, de la universidad; qué sé yo. Muy probablemente, los vecinos no se quejaban en la portería del edificio solo por la vergüenza de tener que explicar a otro ser humano el porqué les molestaba tanto que en el departamento 421 se escucharan gemidos, gritos de placer e insistentes y fieros golpes que, de seguro, no eran más que el respaldo de la cama clavándose, desconsideradamente, contra una pared que no estaba preparada para los intensos movimientos. Ciertamente, debía complicarles sobremanera explicar cuánto odiaban que en el departamento 421, hicieran el amor hasta quedar extenuados, hasta que el jurarse

la *eternidad* fuera una consecuencia de ese último suspiro llamado *orgasmo*. Momento preciso en que los dos amantes se prometían al oído, allí desnudos, con inusitada delicadeza un "siempre".

¿Cuestión de tiempo? Es cierto que ya llevaban un par de años juntos, sin embargo, dudo que esa fuera la razón para tal intensidad, puesto que desde el primer momento esta se había revelado como una relación apasionada, algo loca para el común de los mortales. Más de algún familiar los había visto en alguna parada de la locomoción colectiva besándose, rozándose, casi devorando al otro, como si no existiera nadie más en el Mundo, como si el pudor cristiano fuera solo un mal chiste de épocas pasadas. Evidentemente, con los meses se habían vuelto más recatados, más cuidadosos —no podemos negarlo—, pero no tanto como para obviar el imponderable deseo que sentían por poseerse cada vez que conseguían un poco de privacidad, cada vez que se sentían cerca. Y como era de esperarse, pronto comenzaron a repetir, una y otra vez, "te amo".

"Te amo", "te amo", "te amo", lo decían por cada instante en que se juraban la *eternidad* y algo más, hasta el punto que resultaba molesto para quienes estuviéramos cerca, pues, en realidad, quién se ama

tanto hoy en día. De todas formas, a ellos no les importaba, pues parecía que no perdían oportunidad para regalarse mutuamente, en alma y cuerpo, si es que lo primero existe. Y todo, pese a la diferencia de edad, pese a que las cosas no fueran tan fáciles en el diario vivir, por distancia, por prejuicios ajenos, por horarios. ¿Pero qué lo es hoy? Simplemente, creían tener algo especial y, por ello, la cama, esa cama de dos plazas comprada exclusivamente para estar juntos, era el lugar de encuentro preferido. Allí es donde desnudos, podían dejarse llevar en una comunicación que no requería palabras, solo entrega, solo honestidad. Era como si en medio de esos torbellinos de sexo, todo fuera más sencillo.

Ese departamento era todo lo que necesitaban esos dos amantes, encerrados por propia voluntad en un espacio y tiempo, paradójicamente, de absoluta libertad. Sin embargo, en todos esos meses escritos entre sábanas, entre paseos, entre sonrisas, entre promesas, fueron descuidados, al nunca notar que eran observados, sigilosamente; literariamente. En efecto, nunca se percataron de la mano narradora, firme y distante que esbozaba en pocas líneas su relación. Nunca notaron a aquel que, silenciosamente, sostenía este relato, elegía el devenir, marcaba las pautas de sus recuerdos y deseos. Mucho menos

descubrieron al lector —a ti—, que como un voyerista avezado, leía cada palabra, imaginaba cada movimiento, gracias a un texto que comenzaba contando acerca de esos "dos cuerpos en movimiento".

No, nunca esperaron ni presintieron los deseos de ese narrador omnisciente que, a ratos, se preguntaba, acompañado de una copa de *cabernet*, acerca del cómo debía construirse su relato, de cómo debía desarrollarse esta historia. Indudablemente, tampoco supieron qué tramaba en contra de ellos o que ya había decidido que no todo puede ser *felicidad*. Es así como, sin consentimiento de los dos amantes, de sus dos personajes principales, de los únicos que valían originalmente algo en este breve cuento, el narrador decidió incorporar en la trama dos palabras más: "duda" e "incertidumbre". Entonces, el relato sufrió un cambio: la vida de ellos sufrió un cambio.

Los meses pasaron. Ella seguía diciendo "te amo", cada vez que acababan, cada vez que él se extraviaba dentro de ella, cada vez que alcanzaban ese éxtasis asombroso de dos cuerpos que ya se conocen; pero, en el fondo, ella, poco a poco, había comenzado a dudar de ese "amor eterno", de ese verbo tan fácil de conjugar. Poco a poco, la desnudez de ambos ya

no era tal. Es verdad que las ropas permanecían lejos, en el suelo, mas ambos sabían que los secretos comenzaban a aparecer, que algo los perturbaba muy dentro de ellos hasta manifestarse dentro de un dormitorio que comenzaba a esbozar sus primeros muros. Ahora, más allá del sexo, ella dudaba constantemente si eso era "amor".

Para el lector, tal vez, esta situación resultará tristemente familiar: el presenciar, el descubrir en estas líneas, cómo en cuestión de años, lo que fuera un juramento eterno, había pasado a convertirse en algo tan frágil, tan desechable, tan insignificante. No obstante, lo literario se alimenta de esa fragilidad de la vida. En fin, ella visitaba con frecuencia a sus amigos, escuchaba sus consejos, antes favorables a la relación, ahora dirigidos a instalar una disconformidad difícil de evitar, obra de nuestro despiadado narrador. Después de amar su vida con él, ahora ella quería vivir una que no estaba viviendo, que socialmente le fuera más apropiada para su edad, según ahora comprendía. Sin embargo, insistía en repetir "te amo", mientras él lo creía.

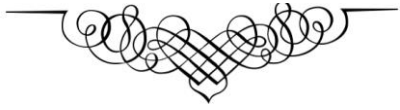
En ese momento, el escritor tiene claro lo que debe hacer para cerrar este cuento. Por ello, en un acto de maldad suprema, decide borrarla cuando él

aún duerme. Primero, lo escribe agotado, durmiendo sobre su cama; es más, le agrega una sonrisa de tranquilidad, de modo que no tenga oportunidad de reaccionar contra su Creador. Su personaje tiene la certeza de que es feliz. De hecho, él sueña con ella, sueña con esa familia de la que han hablado, con ese deseo por tener hijos, cuestión que antes de conocerla le era totalmente ajena. Asume que no ha sido fácil estar juntos, pero también sabe que la consciencia de esto es mutua. Está calmado, pues su amada valora cada día que trabaja para ambos. Penosamente, al narrador no le interesa: sabe que el lector espera impaciente la conclusión de este ejercicio literario.

Súbitamente, él despierta. Ella no está. No la encuentra: esperaba mirarla a los ojos una vez más, decirle esas dos palabras. Hay un vacío en la cama, un silencio en todo el departamento comenzando por ese sitio de dos plazas que compró solo para estar con ella. No hay nadie. Su ropa ya no está en el suelo; solo se observa una corbata y unos zapatos desgastados. El protagonista se desespera. ¿Ha enloquecido? Se levanta desnudo. La busca, mas en ese pequeño lugar que arrendó solo para sus encuentros, no tiene demasiadas opciones para buscar. Nada. No hay nadie. Se ha ido. Busca el teléfono. Su número ya no existe. Se conecta al computador: en las redes sociales

tampoco está. Descorazonadamente intenta saber qué ha pasado. No sabe que el narrador la ha eliminado, como si ella jamás hubiera existido; no sabe que tú ahora cuestionas si esto no tendrá que ver con la vida del autor de este cuento. Empero, él sufre.

El narrador, ese "pequeño dios", no tiene piedad alguna con él. Inmediatamente, opta por describirlo derrumbándose sobre la cama de dos plazas. Luego escribe: "Llora como si su vida se fuera en ello". Sabe que llorará o que debe hacerlo. Sabe que para su personaje ya nada tendrá sentido o que eso es lo que corresponde en su cuento: un final trágico. Rápidamente, anota sobre el papel la posibilidad más cierta que se le ocurre para terminar el relato. Lo ha pensado, el último párrafo le ha dado la oportunidad para hacerlo: "Tras horas de llanto. Abre las ventanas de su cuarto piso. Mira hacia el horizonte. Está a punto de llover. No hay nada más que decir. Ni siquiera adiós. Silencio". El narrador llora sobre estas hojas; yo también lo hago.



EN MEMORIA DEL ALMA DE TREMENTINO MARABUNTA

> "Toda la vida del hombre gira alrededor de lo caliente. El hombre teme lo frío: la comida fría, la mujer fría, las ropas frías, el viento frío".
>
> Manuel Rojas. *Hijo de ladrón*

Trementino Marabunta amaba cocinar. En efecto, don Trementino, por sobre todas las actividades a las que un artista hubiera podido dedicarse, había optado, desde hace mucho, por la que más amaba: la cocina. Esto, aun cuando, durante toda su vida, hay testigos de esto, solo supo cocinar un único plato caliente; uno y nada más. Sin embargo, en su defensa, habrá que decir que cada vez que lo preparaba, cada vez que lo servía, el sabor, el olor y la textura de su obra *magna* transmitían al afortunado comensal, sentimientos tan variados, tan íntimos, que ese único plato caliente parecía multiplicarse hacia el *infinito*.

En ese momento, en ese preciso momento en que las papilas gustativas entraban en franco contacto con el preciado tesoro, muchas sonrisas no se dejaban esperar. Especialmente, entre quienes eran sus principales críticos, quienes, sin siquiera saberlo, revelaban unas pupilas tan dilatadas que, sorprendentemente, parecían cubrir todo el globo ocular; además, los movimientos ansiosos de las bocas y unos corazones latiendo muy fuerte, siempre acusaban el querer un poco más. Quizás, después de comer junto a Trementino Marabunta, ese único plato caliente, creado con tanta pasión, más de alguno concluiría que un único plato de comida puede equivaler a todos los platos de comida caliente que se han servido desde el inicio de los tiempos. Sin duda, Trementino Marabunta amaba cocinar.

—¿Qué cocinaba?—, se preguntarán con todo derecho. La respuesta en sí es compleja. La gente más superficial, más "adulta", más cómoda en dicho rol, tal vez dirá, con soberbia seguridad, que el único plato de Marabunta era una simpleza: arroz con carne molida. Incluso, es posible, como vi ocurrir en más de una ocasión, esa gente despreciará lo gentilmente servido advirtiendo que cualquier persona, en esta y en cualquier realidad, sería capaz de cocinar algo tan insignificante. No obstante, también existen aquellos

con más corazón, más ajenos a la obtusa rutina, esos que se parecen a los niños a los que él siempre les servía con tanto cariño. Ellos, y solo ellos, siempre lograban notar que cada plato caliente, de quien fuera nuestro querido chef, tenía un sabor diferente.

Sin duda, para la mayoría de nosotros resultaba mágico que su arroz recordara tan explícitamente los dulces que, hace algunos días, habíamos robado, con evidente talento, de algún pequeño supermercado del barrio. Otros se imaginaban que así debía ser el sabor de un filete miñón, de esos que se ven en las películas, pero que, difícilmente, se pueden conocer en el mundo real. Los más osados se aventuraban a hablar del maná, a propósito de la historia bíblica, que alguna mañana de escuela dominical, una señora de olores antiguos nos había contado. En esta, Dios había proveído a su pueblo elegido de este manjar cuando pasaban hambre en el desierto; el hambre, algo tan reconocible entre nosotros, los privilegiados comensales de Marabunta. Creo que, en parte, lo veíamos como ese dios proveedor o, al menos, sus ojos nos lo hicieron pensar, en más de una ocasión. Dios era bueno.

A diferencia de los niños a los que atendía, Trementino vivió con su padre y su madre durante

toda su infancia: él, un serio profesor de Matemática; ella, una inteligente dueña de casa. Sin duda, quien lo conoció en esa época podrá afirmar que fue un niño a quien le gustaba jugar en la calle, correr y correr como esos locos que faltan en la adultez, lleno de alegría y sin absurdas preocupaciones y que, por supuesto, gozaba con pequeñeces que, en ese entonces, le resultaban enormemente maravillosas. Tal vez, sea correcto decir que todavía lo eran.

Don Trementino Marabunta no perdía oportunidad de contarnos muchos cuentos sobre la vida esperando que nosotros creyéramos que eran absoluta verdad. Recuerdo que, en una ocasión, me narró acerca de un hombre que entró a un café y que convirtió un terrón de azúcar en un pez: yo no le creí, pues ya no era tan pequeño para creer en esas cosas; no obstante, él parecía creerlo. Incluso me hubiera atrevido a decir que él era el hombre del terrón de azúcar. Como sea, sí puedo concluir que Trementino Marabunta recordaba y revivía con amor lo hermosa que había sido su infancia. Si le preguntan a quienes fueron sus más cercanos o a sus familiares, estarán de acuerdo conmigo.

El Sr. Trementino sabía cocinar infinitos platos de comida caliente, al menos —y es lo

importante—, eso afirmaban los niños con los que compartía, voluntaria y gratuitamente, en aquel "hogar" donde chicos sin padre o madre, o bien mal llamados delincuentes, esperaban por alguna luz de cariño; incluso entre esos pasillos que encaminaban hacia fríos cuartos de recurrente soledad. Marabunta lo sabía y, por eso, las dos veces que nos visitaba durante la semana, se esforzaba en que la comida tuviera ese único elemento que no puede faltar.

Una vez, un cura visitó nuestro "hogar", con el objetivo, por supuesto, de probar la comida de nuestro héroe. Ciertamente, los comentarios acerca de él se habían extendido generando algo de curiosidad entre los más escépticos. La expectativa era muy alta: el eclesiástico esperaba encontrarse un plato *gourmet*, que valiera toda esa alharaca. Recuerdo muy bien su cara de sorpresa cuando frente a él solo halló un humilde plato de arroz con carne molida. Igualmente recuerdo cómo se fue refunfuñando sin siquiera probar un bocado. Lo que contrastó, casi de inmediato, con la cara de felicidad de mis compañeros —y la mía—, tras llevar el tenedor a la boca: "¡El mío es de pizza!" "¡Acá tiene sabor a puré!" "¡Qué ricas papas fritas!" Parecía una locura, pero en verdad los sabores se multiplicaban, mientras los ojos de

Trementino brillaban ante nosotros como los de un dios.

Me arriesgaré a decir que ese brillo surgía por su pasado. Su infancia fue hermosa y gozaba compartiendo un momento de esta con tantos niños, a través de ese único plato de comida caliente que tan bien cocinaba. Es probable que si le pidieran recordar algún momento negativo antes de los dieciocho años solo sonriera, levantara los hombros y dijera con su serena voz: "Fui feliz". ¿Cuál había sido su plato favorito en ese tiempo? Como ya lo adivinas, querido lector, el arroz con carne molida que su madre preparaba sonriente y que él esperaba encontrar cada vez que regresaba del colegio.

Ya adulto, sin embargo, le habría de llamar la atención que durante prácticamente dos meses, cuando solo tenía diez años, fue el único plato que comió. Recuerda, con amor, la imagen de su madre calentando el agua en esa antigua tetera milenaria que antes fuera de su abuela. Por eso, Trementino, mientras cocinaba, hacia memoria e imitaba el cómo su mamita picaba el ajo, echaba el arroz en una taza bien bonita para luego arrojarlo en una olla donde el aceite se hacía escuchar. En especial, le gustaba repetir la parte en que tras revolverlo, vertía dos tazas

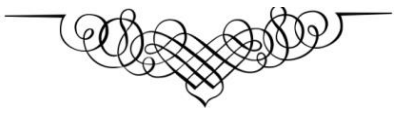
de agua caliente dentro de la olla provocando un explosivo sonido que anunciaba con cierto ímpetu el inicio de la espera: veinticinco mágicos minutos.

Siempre le había parecido bello ver cómo esa carne tan fea y barata, se convertía en algo tan bonito y delicioso al mezclarse con el arroz. Ese era su recuerdo: simple y hermoso. Luego, se enteraría de que durante esos dos extraños meses, su padre padeció lo que muchas familias en Chile: tenía una deuda tan grande que lo obligó a vender pertenencias, a comprometerse a pagos, a llorar incluso. Ambos ya eran su admiración entonces, pero en el momento en que supo esto, su madre y su padre le parecieron gigantes, pues frente a ellos, a él y sus dos hermanos, jamás, jamás se quejaron. En cambio, siempre hubo un maravilloso plato de comida caliente al almuerzo.

Por lo anterior, no es extraño que don Trementino Marabunta aprendiera a cocinar infinitos platos, aunque todos se parecieran y se llamaran igual. Los niños del "hogar" siempre fueron los mejores críticos gastronómicos para juzgar su arte, pues nunca lo hicieron con sus ojos. Ahora, Trementino se ha ido, nunca supimos nada más allá de sus sonrisas, de sus ojos brillantes, de sus ojos de niño y de la hermosa infancia que tuvo. Don Trementino

Marabunta fue, sin duda, el más grande artista que conocí.

En tu memoria.



CUENTO SOBRE UNA HORROROSA METAMORFOSIS QUE OCURRIÓ EN UNA ESQUINA DE LA GRAN CIUDAD

> "Para millones y millones de seres humanos el verdadero infierno es la Tierra".
>
> Arthur Schopenhauer

Su corazón late con una abominable intensidad. Han sido solo unas pocas calles desde su mínima e insignificante oficina, avanzando lento, con breves pasos que bien hubieran podido juzgarse como los de un hombre sin ningún entusiasmo por seguir viviendo. Sin embargo, él ha sentido, uno a uno, con fuerza descomunal, el latir del que hasta ahora había sido un pequeño corazón bajo su pecho. Uno a uno, cada latido ha parecido el último, inmisericorde, desde el momento mismo en que se atrevió a pisar la fragmentada vereda, justo fuera del edificio en que trabaja, justo antes de dirigirse rumbo a su hogar.

Esa oficina, lugar de miles de horas de trabajo, de millones de horas desesperantes frente a un monitor, conviviendo junto a una impresora que, a ratos, se queja en un idioma desconocido y molesto y todo, por unos cuantos billetes que rápido se irán. Ese orgullo laboral, ese ridículo orgullo laboral ha acabado con sus ilusiones, con esas pocas ilusiones que aún le quedaban desde que en el colegio le prometieran un futuro magnífico solo por ingresar a la universidad.

Tras esas pocas cuadras, su rostro ha comenzado a desfigurarse revelando, a quien pase junto a él, una extraña mueca, casi como si le faltaran algunos dientes. Parece que hubiera corrido mucho, pues se le ve inclinado, deshidratado, con dificultades para respirar. Pero sabemos que han sido solo unas pocas cuadras desde su pequeña jaula y con un caminar tan lento y torpe que parece inexplicable el sudor que ahora recorre su espalda. Mientras, su corazón continúa golpeándolo sin piedad.

A su deteriorado aspecto, se le suman unas cuantas gotas deslizándose pausadas, desde el poco pelo que aún descansa sobre su cabeza hasta el cuello de su mal llevada camisa. ¿Ha engordado? Se sonríe con una sonrisa patética, al ver su reflejo, transpirado

y "casi muerto", proyectado allí, sobre el vidrio de un desarmado aparador lleno de maniquíes. Casi de inmediato, ha recordado esas películas de *zombie* que cada cierto tiempo ve en el cable. —"Soy un "*zombie* gordo y calvo"—, piensa.

Está despejado. Una Luna llena domina sin discusión el cielo. Pese a la incontable iluminación, que recién este año han instalado en toda la avenida, pese a los enormes edificios, que amenazan con cobrar vida pisoteando, indiscriminadamente, a todos esos seres intrascendentes que apenas saben lo que es vivir, la Luna está allí, arriba, quieta, brillante, disimulando cada herida con que el tiempo ha marcado su cuerpo. En tanto, él, bruscamente se ha acomodado sobre el suelo, en una esquina, junto a un aparador en el que antes se descubriera sudando, respirando, de un modo tan preocupante que cada bocanada de aire, que con dificultad entra en su cuerpo, parece interrumpir el paso a la siguiente. —¿Metamorfosis o muerte?—, pienso. No podría asegurarlo.

Allí está. Su camisa de oficinista se ha pegado completamente a su cuerpo. Un cuerpo descuidado, malherido, de esos que solo aparecen en las películas, en las ficciones, interpretados por actores, a los que

les han pagado para morir, para ser motivo de risa, para dar pena. A él no le pagan por su sufrimiento. No obstante, sabe que podría tener un cuerpo distinto. Hace exactamente dos años que está inscrito en un gimnasio: ha tenido el deseo de ir; ha pasado por fuera de este; lo ha visto desde lejos..., pero no ha hecho nada. También ha tenido oportunidades de ascender en su trabajo, de noviazgo incluso. Mas su voluntad, su puta voluntad, ha sido similar a la de un insecto; o eso cree cada vez que se llena la boca de esa basura de tres mil pesos o más que venden a la vuelta de la esquina; pues su vida no le da tiempo para comer otra cosa.

Allí está. Repentinamente parece buscar la sombra en la noche, agachado, con sus ojos llenos del sudor que se desliza por su frente. Su corazón no se detiene, porque, al fin y al cabo, no es cansancio lo que lo agita, no es la caminata, no es la oficina, no es su sueldo, no es su exmujer… Es un deseo que comienza a desprenderse de cualquier negación, es algo que le nace o, quizás, que lo ha poseído desde hace años, similar a un calor intenso que todo lo consume; incluso demoníaco. Se le observa excitado en esa esquina, mientras su piel se endurece, mientras siente racional repugnancia por sí mismo, como si de

repente no fuera más que algo que debe ser pisoteado. ¿Acaso no lo ha sido toda su vida?

Él suda. Él observa. Él camina. A duras penas, ha logrado retomar su andar, acompañado, desde hace un rato, por una mueca que nadie más quiere ver. Cuando salió de la oficina, su corazón ya golpeaba con fuerza; lo sabemos. Ya entonces él intentaba mantenerse erguido y normal para parecerse a todos, para pasar desapercibido. Mas ahora se tambalea, casi asumiendo una posición horizontal. A ratos, anhela los pocos recovecos de oscuridad que aún quedan en esta noche tan iluminada por esa maldita Luna, por los despreciables astros, por los malditos vehículos, por la odiosa ciudad. Se detiene por instantes. Imagina. Tiene visiones sobre una sola misión.

Un hombre que camina hacia él, seguro, con una sonrisa asquerosa, con una mirada altiva, lo mira por un momento con evidentes ojos de desprecio. A él, casi transformado, ya no le molesta. Nada le importa bajo esa camisa donde comienzan a aparecer alas; o eso cree. Su instinto ha comenzado a dominarlo, poco a poco, paso a paso. Sí, quiere matarlo. Matarlo. La sola idea hace que su pecho casi se parta en dos por el constante latido. Una especie

de orgasmo diabólico se presiente en el aire. Por primera vez, en mucho tiempo, se siente uno con sus instintos hasta el punto de querer acallar eso a lo que solía llamar *moral*.

Como si ya estuviera destinado al séptimo círculo, un estremecimiento lo detiene de dirigirse hacia lo desconocido, hacia lo hermosamente fatal. No. No debe hacerlo. Aunque sabe que sus enormes y grasosas manos podrían rodear el cuello de cualquiera con pasmosa facilidad. Luego, sería cosa de apretar, de apretar hasta que el rostro de su víctima acabara en una mueca de felicidad y agradecimiento; distinta a la suya. Incontables voces le susurran directamente a sus oídos para que cometa el acto liberador. La idea lo fascina: sentir ese poder, sin culpa, sin remordimiento. Esperar, solo esperar el crujir de su cuello y dejarlo ahí, volviéndose a la tierra. Descansando en paz.

El corazón late, late. Él tiembla. La Luna está roja, intuyendo lo porvenir se ha vestido de gala, o bien, el Diablo la ha decorado. El espacio entre los edificios se ha vuelto más estrecho. Los árboles, los pocos árboles de avenida parecen haberse transformado en garras, dispuestas a cobrar la vida de quien pase por ahí. Es cierto, ha logrado frenar

momentáneamente su instinto, a costa de un pecho latiendo fuerte, de un mareo incomparable, de unas cuantas lágrimas que se asoman acusando su lejana, pero aún presente humanidad; pero la calle está llena de esos despreciables seres. Los peatones, transeúntes, civiles, ciudadanos, parejas, solteros, hijos de Dios, se desplazan de lado a lado, miserables en su ignorancia. Él necesita sentarse en una esquina, necesita de esa oscuridad, requiere un lugar que le recuerde las cuatro paredes de la cordura: su trabajo, su soledad, la compasión y el olvido.

Observa. Sigiloso. Una pareja joven camina despreocupada, creyéndose mutuamente el cuento del amor. Presiente cómo se juran eternidad. Él, por un segundo, se recuerda junto a ella. Tantas promesas en la basura, tanto tiempo desperdiciado, tanto de tanto para nada. Su corazón nuevamente salta como una locomotora sin frenos. Ya no controla sus manos. No, no, simplemente busca una excusa para dejarse llevar por su deseo, pues, simplemente, se sentiría tan bien, tan completo, tan honesto. ¿Colgarlos, degollarlos, crucificarlos? Tantas ideas impuras, pecaminosas…

La Luna está cada vez más roja. Los edificios se inclinan sobre él, sus manos tiemblan, su rostro

está empapado, la crisálida interior a punto de romperse. Por lo que intenta reiniciar su caminar, salir de ahí. Avanza y avanza, parece un borracho. No deja de observar a la pareja. Se afirma ambas manos. La gente lo juzga desde todos lados, pero ni siquiera llegan a percibir la lucha de este hombre con su instinto, con el ser que lo ha poseído. Solo atina a correr desesperado, golpeando a quien se cruce en su camino, como si huyera de algo o alguien. Tal vez, de sí mismo. —¿Metamorfosis o muerte?—, pienso.

Súbito, la gente se acerca al río. Han escuchado un grito. Parece que alguien se ha lanzado tras una loca carrera. Se ha escuchado fuerte. Como si un objeto enorme hubiera golpeado el agua. Empero, no se divisa nada. Incluso bajo esa Luna brillante. La escena, desde fuera, parece la de un crimen, de esos que muestran en las películas, pero sin sangre. Más bien, hay una sensación desagradable en el aire. Da la idea de que todo se ha puesto más frío, pese a la cantidad de personas que observan desde el puente Arzobispo. Tal vez, y solo tal vez, alguien ha escuchado un sonido macabro, como el de un insecto enorme, alejándose rápidamente del lugar.

HISTORIA DE DOS HOMBRES QUE SE EXTRAVIARON EN EL OLVIDO

"Tratar de olvidar a alguien es querer recordarlo para siempre".

Anónimo

Allí lo veo, solo, en medio de la carretera, cuestionándose, severamente, por cada pequeño y gran paso que ha logrado dar. Allí está, preguntándose con insistencia de loco, qué demonios hace en ese lugar, cómo mierda llegó allí. El silencio se ha vuelto omnipresente y en apariencia infinito desde hace muchos kilómetros, incluso desde antes de lo que su mente alcanza a recordar. Mas no hay respuestas a su padecer, no hay una palabra en su memoria, parece haber sido, literalmente, arrojado a ese vacío. Vacío, donde el silencio, sí, el silencio resulta ahora en algo tan absoluto, que lo único que logra escuchar, lo único que consigue percibir, ya consciente de su horrible y cierta soledad —ignorante

de mí—, es su propio respirar. Está agitado; está sumamente agitado. Allí, solo y sin respuestas.

No tiene certeza de cuánto tiempo lleva caminando en la misma dirección, de cuánto tiempo lleva sin escuchar algo, ni siquiera tiene claro desde dónde ha iniciado su caminar. Pero sí ha podido concluir que es bastante lo que ha andado, pues sus piernas duelen y su cansancio no puede ser gratuito. Sabe que, a ratos, ha debido apurar el paso ante el desesperante presentimiento de que, más allá, encontrará algo. Sabe que no puede detenerse o, al menos, tiene la intuición de que no puede perder la esperanza de encontrar algo, no ahí. Yo, simplemente, lo observo. Te comunico sus acciones, te cuento sobre él, te hago parte de su sufrimiento. Desde acá, presencio su devenir; desde acá, desde la comodidad de mi departamento 421, te narro el cómo este hombre camina escuchando su propia respiración, como si con ese peculiar acto quisiera marcar su paso.

Arbitrariamente, ha decidido detenerse; incluso desafiando de modo inconsciente mi voluntad. Ha sido forzado, en parte, por el cansancio, en parte por el misterio de esa soledad invasiva y completa, solo para mirar y escuchar "algo" hacia todos los horizontes posibles. Casi he creído que me

buscaba en un digno intento por no perder la esperanza de que, efectivamente, más allá, encuentre a alguien. Aunque, quizás, solo lo ha hecho para descansar. La verdad es que no podría juzgarlo por ello, después de todo, ha caminado mucho. Pero, no, parece que sí busca algo. Ya no lo sé. Tal vez, intenta encontrar una referencia, un salvavidas o, al menos, algún sonido que lo haga pensar en que hay algún tipo de vida por esos lados.

Yo, de inmediato, he decidido escribir con más cuidado. No puedo permitir que me descubra. No, mientras observa, no mientras atiende con tanto detalle a sus sentidos. Noto cómo ya ha comprobado que se encuentra en una carretera extraña, en una carretera de apariencia infinita o en algo así, digno de un cuento fantástico de un Borges o un Cortázar. Ni el paisaje ni el suelo ni el cielo han cambiado mucho pese a su persistente andar, por cierto, ya evidente por el tiritar de sus piernas.

Piensa. Acto seguido, vuelve a preguntarse, a cuestionarse, igual como lo hiciera al principio de este relato, pues debe hacerlo si quiere sobrevivir. Cómo llegó hasta allí, no pudo haberlo hecho intencionadamente; de ningún modo. ¿Quién lo haría? ¿Quién en su sano juicio viajaría hacia el centro

de una pesadilla? Indudablemente, no sabe de mí. No sabe de mi interés creativo. No tiene idea de lo que pasa en este departamento desde que ella se fue.

El silencio lo abruma. La ausencia de vida lo perturba. El calor lo sofoca. Me he asegurado de que así sea; pero, nuevamente, se las arregla para sorprenderme. Ha alzado su vista, no una, sino diez veces, como queriendo convertir sus ojos en dos enormes catalejos, como si cada intento lo acercara más a descubrir lo que no hay, lo que nunca sabrá que existe. Involuntariamente, ha colocado su mano sobre su frente con la ilusión de que así podrá ver con mayor claridad, incluso más lejos de lo humanamente posible; quizás, más allá de la misma ficción que yo he creado para él.

Sin embargo, no. No ha encontrado nada que lo tranquilice, pues nada ha visto, puesto que yo nada he escrito. *Nada*. No divisa un cuerpo, un espíritu o un alma en kilómetros y kilómetros hasta donde sus sentidos alcanzan. No descubre a nadie a quien pedirle un aventón, un generoso y desinteresado aventón; aunque, sinceramente, él nunca llevaría a nadie que se encontrara en su situación. Está solo, realmente solo, como nunca lo estuvo en su vida; como, irónicamente, a veces deseó estar.

Por un momento reflexiona: no quiere seguir caminando sin evaluar primero la situación. Me complica, puesto que la acción es central en cualquier cuento. Aunque, debo reconocer que también me halaga que mi personaje sea un hombre racional y prudente, incluso que así lo crea él mismo en un intento loable de dominar la extraña situación; de dominarme a mí. Tras un instante, cree descubrir que está en algún lugar del norte del país o eso le parece. Yo sonrío. Ha observado en el paisaje algunas señales que delatan esa posibilidad; se dice a sí mismo que, seguramente, se trata del Desierto de Atacama. Sí, lo seco, la ausencia de verde o de agua, la revelación de una belleza que tiene más en común con la Luna que con algún espacio en el que él antes estuviera parece darle la razón. Es inteligente.

No obstante, de inmediato surge otra vez esa pregunta que ya desde hace un rato teme hacer, cómo mierda llegó hasta allí. No lo recuerda. Intenta hacerlo, pero no se lo permito. Y aun así, quiere autónomamente unir un par de ideas sueltas similares a esos recuerdos lastimosos que todos acumulamos en vida. Yo veo cómo lo hace. Y transcribo su fracaso. *Nada*, no ha podido recordar nada; por lo menos, nada reciente. Nada que pueda significar

alguna pista sobre el qué hace ahí o descubrirme a mí. Momento, he sentido un escalofrío.

Respiro. Me tranquiliza su ignorancia. Imagínense si yo resultara ser una creación de él y no al revés, cómo podría lidiar con ello ahora que me siento solo en esta ciudad, ahora que me siento capaz de escribir. Lo observo nuevamente, no puedo desconcentrarme ahora. Recupero la atención sobre mi personaje, que ahí está, solo, abandonado a su suerte, sobre una carretera que, a cada minuto, le parece más ancha de lo que objetivamente es, de lo que objetivamente yo imaginé.

Se decide a caminar nuevamente, no hay de otra. Yo, generosamente, lo dejo decidir, pues estoy expectante de descubrir hacia dónde me llevarán sus elecciones. Ciertamente, sabe que no ganará nada quedándose quieto en ese lugar dominado por el silencio y por el Sol. El Sol, estrella a la que en otro tiempo disfrutara echado en una playa, pero que ahora parece la más demoníaca de las apariciones, la más terrible de las compañeras. Caminar es lo único que le queda. Ello, aun cuando no ha encontrado ningún punto a lo lejos que le permita orientarse o ninguna respuesta a su pregunta principal. Razones

suficientes, creo yo, para permitirle continuar en la misma dirección que lleva hace horas.

Me complazco a ratos de mi sádica ambientación. Empero no se rinde, aun cuando, por más que busca a lo lejos, no encuentra ninguna ayuda que le permita descansar, que le permita pensar que algún ser humano se apiadará de él. Yo no he creado a nadie más en este cuento, por lo que nadie más aparecerá. De hecho, el horizonte le parece *infinito*, mientras el asfalto comienza a sentirse cada vez más caliente, hasta el punto que las suelas de sus zapatos han comenzado a derretirse. ¿Zapatos? Sí, viste un atuendo absurdo para el contexto en que ahora se encuentra; alguien podría decir que viste de matrimonio o de funeral. Dentro de un contexto, por cierto, similar a una carretera recién inaugurada: la ausencia de vehículos, la limpieza del camino, pese a estar en pleno desierto, las líneas bien marcadas, el suelo oscuro y limpio contrastando con un paisaje brillante y arenoso. ¿Será el primero en recorrerla? La sola pregunta lo estremece.

Repentinamente, un recuerdo surge. Yo comienzo a preocuparme sobre mi poder restrictivo en esta narración. Hace solo una semana, él estaba en Santiago quejándose sobre la poca tranquilidad que

implicaba trasladarse dentro de la gran ciudad. Es curioso, pero recuerda la misma sensación de soledad que percibe ahora; es curioso, porque yo también la percibo en Talca. Ha sonreído orgulloso de recordar algo en medio de esa pesadilla que yo he creado. Sin embargo, la sonrisa solo le ha durado un instante. Yo también he empezado a sentir el calor bajo mis pies.

Hace una semana, veía vehículos por doquier. Inclusive maldecía el exceso de autos en la ciudad. Quería estar solo, pues ese era el centro de su Mundo. —¿Alguien regulará la cantidad de autos, camionetas, microbuses que se requieren para hacer viable la vida?—, pensaba. Parece que no. Sin embargo, qué no daría ahora por ver un miserable vehículo acercarse en el horizonte, incluso si no lo llevara. Observo un mínimo temblor en su cara; noto cómo el silencio lo perturba provocándole una evidente confusión.

Me compadezco de nosotros…, de él, debido a que observo al Sol golpeando sin clemencia sobre su cabeza. Extrañamente, también percibo el calor sobre mí, al mismo tiempo que mis pies comienzan a quemarse como si me hubieran imaginado en una carretera sin fin. Aun así, mi protagonista decide continuar su peregrinaje; mientras parece olvidar, a

cada paso, lo inapropiado de su atuendo para el lugar en que se encuentra. Más importante que su vestimenta, sigue siendo el cómo llegó hasta allí. Entonces, decido no dejarlo solo. Elijo acompañarlo hasta el final de su relato.

Se detiene. Nuevamente no me ha avisado. —¡Sus documentos!—, grita al vacío en una especie de epifanía. Tal vez en ellos encuentre una respuesta. Lamentablemente, con la misma vehemencia descubre que los ha extraviado. ¿Su billetera se habrá caído? ¿Se la habrán robado? Cómo saberlo si ni siquiera tiene idea de cómo llegó allí, si ni siquiera me conoce, si no sabe de mi existencia; aunque debo aclarar, querido lector, que yo jamás me acerqué a sus bolsillos. Sin duda, sus documentos lo hubieran tranquilizado como lo hicieron conmigo en más de una ocasión cuando, en medio de engorrosos trámites, estuve a un paso de olvidar mi nombre; también pasó cuando me quedé solo. Él ha sentido la urgencia para sentirse alguien dentro de este relato, pues la soledad comienza a borrarlo poco a poco.

El paisaje persiste inalterable. La vida sigue brillando por su ausencia. Él espera encontrarse aunque sea con una miserable lagartija haciendo ejercicio sobre una roca, mas solo divisa a lo lejos ese

agónico espejismo de agua que cada vez que hay un Sol castigador tienta al desafortunado. La calle está caliente, la arena a los costados más. Las decisiones para lo que viene no son fáciles, pues ni siquiera tiene con qué cubrirse. Es el norte, tiene que ser el norte. Recuerda sus documentos. Recuerda que no sabe cómo llegó allí. Recuerda un viaje, recuerda un golpe, recuerda algo extraño.

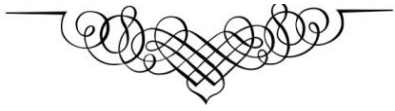
Recuerda. Valdivia, ciudad del Sur de Chile. ¿Había sido un sueño? Todo verde, todo limpio. Hermosa ciudad. El contraste evidente con su ahora. La única vez que estuvo acompañado por una mujer a la que prometió amar. Recuerda un puente, la historia de unos cisnes que se suicidarían al momento de perder a su pareja. Rememora un beso en ese lugar. Aún conservo la foto. Muchas sonrisas cómplices. Innumerables promesas, pero no recuerda su nombre. ¡Su nombre! ¿Acaso el Sol ha atrofiado su memoria? ¿Acaso cada paso de los muchos que ha dado significan una persona menos en su vida?

De súbito, recuerda muchos viajes: a Talca, a Curicó, a Chillán, a Concepción, a Angol, a La Serena… Sí, también fueron allí, cuando aún creía en Dios, pues aún creía en amar a alguien. Y su nombre. No lo sabe. ¡No lo sabe! ¿Cómo demonios llegó allí?

La desesperación lo atrapa. No tiene una respuesta. Pero hay una, siempre hay una, aun cuando la soledad la ha escondido en medio del inevitable olvido.

El sudor, el cansancio, el Sol, ya no importan. No la recuerda, pero horriblemente se ha dado cuenta de que tampoco recuerda su propio nombre. No lo recordamos. Necesita con urgencia un espejo para ver su rostro. Yo necesito terminar este relato para correr al baño a mirar el mío. ¿Debo seguir escribiendo o debo detenerme? Él decide no caminar más. Por un instante ha pensado en los cisnes de cuello negro, esos que no pueden vivir sin ella. Por un momento ha recordado un departamento 421 y un balcón.

Hemos recorrido kilómetros sobre el asfalto. Nuestros pies están heridos, quemados. Hemos decidido no seguir. Nos hemos recostado en el suelo. Yo he decidido terminar este cuento, con el objetivo de que él pueda descansar. Lamentablemente para él, no es posible morir dos veces.



SOBRE LA INSÓLITA Y HORRIBLE LUCHA DE UN JUSTO CONTRA LOS DEMONIOS DEL MUNDO

> "Que el mundo es horrible, es una verdad que no necesita demostración. Bastaría un hecho para probarlo en todo caso: en un campo de concentración un expianista se quejó de hambre y entonces lo obligaron a comerse una rata, pero viva".
>
> Ernesto Sábato

La cortina de la ducha se ha movido. Una leve brisa ha atravesado con insolencia, desde la ventana abierta de un mínimo dormitorio, pasando por un pequeño comedor, silbando en medio de un minúsculo *living* hasta deslizarse, como un hábil ladrón, por la puerta entreabierta del baño. Por unos minutos, el miedo ha recorrido su cuerpo: su piel se ha puesto como de gallina; sus pelos se han erizado; su postura ha mudado a la de quien espera la acción inminente. Y todo esto, aun cuando sabe que nadie

más que él habita en esa casa. Lo sabe, pues tiene la certeza de que su esposa y su hija ya no están allí. No en vano, él lo decidió de ese modo.

Se cuestiona, obviamente lo hace: no ha podido evitar ese temor primitivo que, cada cierto tiempo, lo acongoja. El miedo es real, demasiado real. Tal vez, resultado de la posibilidad cierta de que un demonio terrenal y pecador, otra vez, lo posea, otra vez lo haga lamentarse entre llantos y gritos; otra vez lo dirija hacia el arrepentimiento o, directamente, hacia el suicidio inquisidor. Cómo estar seguro de que nada pasará, cuando no siempre se necesita una razón para convertirse en uno de esos seres malditos y engañadores, de esos entes arrojados de la cuna de Dios. Él sabe que siempre obró bien, pero teme, tiembla ante la idea de que el Diablo lo convenza de que no fue así.

El miedo reaparece todos los días, mientras se ducha, mientras ve televisión, incluso cuando solo bebe un café. No puede dejar de imaginar sus manos ensangrentadas o, a él mismo, tendido mortalmente en el fondo de esa tina de baño, que, por ahora, oficia como su refugio, como su escape del Mundo, de eso que está fuera, pero que, en cualquier día de estos,

podría decidir entrar. Los demonios siempre rondan y él lo sabe.

No sé qué diría un psicólogo sobre esto. ¿Un caso clínico? Su memoria, su especializada memoria, rebrota cada detalle, cada horror que ha visto —que verá—. Todo, mientras el agua tibia, artificio de un calefón encendido a unos metros de allí, crepita intensamente sobre su cuerpo. Está llorando, no lo ha podido evitar, más allá de sus resguardos. Sus lágrimas se confunden entre los riachuelos que se deslizan por su cuerpo hasta desembocar sobre la cerámica de ese nimio y privado espacio. No hay forma de no hacerlo; no, mientras se arrodilla desnudo, casi en señal de penitencia, de humanidad, aunque sea solo por un momento.

Se ha tapado la cara intentando frenar las lágrimas. Han sido años, meses, días, pero aún no puede sacar de su mente esas imágenes horribles, inhumanas, monstruosas creaciones de sujetos que se ven iguales a todos; iguales a él. ¡Iguales! Imágenes que, por momentos, solían confundirse con las de su propia hija, tan hermosa, tan sonriente, pero tan vulnerable, tan similar a cualquiera de las víctimas que dan cuerpo a esas memorias brutales, que se agolpan en su cabeza; qué lo atormentan. Resulta

desesperante, se convierte en locura, angustia, crisis y, no obstante, el resultado inevitable de su trabajo, de su elección.

No quiere seguir llorando; quién querría. Se pone de pie; lento. Está desnudo como un Adán castigado. Hace exactamente cuatro meses está solo, expulsado por mano propio de su Paraíso; excomulgado por su decisión. Ya, en ese entonces, las imágenes no lo dejaban tranquilo, lo perturbaban, transformándose en distintas formas de pesadillas, impidiéndole dormir, disfrutar del amor, gozar de su familia. ¿Negar lo vivido? ¿Seguir viviendo? En su pecho, en su cabeza, nunca podría aceptar la crueldad de los sucesos que le había tocado descubrir: le acongojaba no poder hacer nada frente a estos, no haberlo podido prever, no ser alguien más.

—¿Dónde estará ese Dios omnipresente para detenerlo todo?—, solía preguntarse. Cuántas veces pensó en los hechos que con tanta frecuencia contemplaba, similares estos a los de un animal salvaje, hambriento. Cuántas veces se vio obligado a corregir: un animal, no; un animal jamás hubiera hecho lo que ese humano hizo; lo que ha visto a tantos humanos hacer. Y su hija, pequeña, inocente; aquel refugio de su otrora alma, se le cruzaba entre las

imágenes horripilantes de la morgue, de la escena de innumerables crímenes, transformándola en protagonista de recuerdos sin culpa.

El agua sigue cayendo; continúa castigándolo, atacando su subconsciente: él así lo quiere. Tal vez espera que esta lo hiera hasta ocultar una realidad que el Cielo ha puesto en su camino y que, insoslayablemente, no puede mostrar o confesar en medio de los operativos, aun cuando el Diablo lo querría solo para deslegitimarlo. Persiste se lo repite para así recordar que no puede revelar sus sentimientos, sus propios actos, pues los más jóvenes, esos policías "vírgenes", no entenderían qué le pasa, por qué lo hizo. Sencillamente, no entenderían el cómo un héroe de su porte, de su semblante, tiembla, llora, duda, sufre como un poeta maricón al ver la mierda del Mundo, al aceptar que los demonios siempre intentarán entrar.

—Por eso apartó a su familia—, se dice; o así lo quiere creer. Debía protegerla a ella, a la guardiana de su ahora inexistente alma. Recurrente protagonista de sus pesadillas desde mucho antes de que la apartara, de que la salvara. En sus sueños, allí aparecía, ella, sonriente, lista para morir de mil maneras. Su trabajo, su trabajo, su trabajo, se repite

entre sollozos. Luego, concluye: él la salvó del Mundo, los demonios no me convencerán de lo contrario.

En ello está, cuando recuerda una herida certera cruzando el cuello de una de esas pequeñas que le tocara descubrir. La recuerda, hallada en un paradero, de esos de campo, en los que la locomoción parece una anécdota más que un servicio habitual del Estado. Aún vestía ropas de colegio. ¡Su carita! Esa carita aún reflejaba el horror. A él, supuestamente acostumbrado a estos hechos, incluso le pareció reconocer una mueca que ya había visto en otros occisos, en otros objetos de su trabajo.

¿Occisos? Muertos, fríos, sin vida, arrebatados violentamente de este Mundo por el Mundo, muchas veces de forma arbitraria, por seres infames, horrorosos, bestiales, a los que la Ley protegía, aun cuando ellos ya habían abandonado su Humanidad. De súbito, una verdad revelada: esa mueca se constituía como la representación perfecta de esa última expresión en vida, de esos momentos previos en que el futuro muerto reconoce al Diablo, que ya ha poseído el cuerpo del que en Derecho será llamado "homicida". Quizás padres, madres, hermanos,

hermanas, tíos, tías de alguien más convertidos en irreconocibles demonios. Su hija, en cambio, sonreía.

Doce años tenía aquella niña. Su hija tenía diez. La cosa era clara: debía alejarla de esta realidad, pues él nunca podría dejar de ser lo que ya es. Conclusión inmediata: no podía permitir que nadie la arrebatara de su lado; no como ese infeliz se la quitó a una madre que desconsolada gritaba "¡Justicia!", y a la que solo unos pocos escucharían apretando los puños. No. Él debía actuar movido por la compasión, por la comprensión de que Dios, sin dudarlo, la ampararía en su casa.

Un grito terrible se escucha en el baño: ¡Su madre! ¿Cómo sería la vida para esa mujer ahora? La pena jamás se iría, la lástima, la autocompasión jamás la abandonarían y todo por esos sucios ángeles expulsados de la gloria del Señor. Entonces, como en toda historia que se repite sin fin, en ese pequeño espacio, ya no pudo contener la pena de no tener a su hija con él; pero, casi de inmediato, se repite a viva voz: "Ella está mejor; su madre tampoco sufre. No me persuadirán de lo contrario".

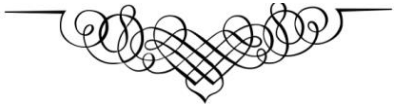
Aún recuerda cómo al llegar a casa, cómo al verlas por última vez, pidió "perdón". ¿Perdón? Tal

vez lo hacía por todos los demás. Probablemente, lo haría, porque nada, absolutamente nada se podía cambiar. Hija, perdóname por traerte a este Mundo. Uno, dos golpes contra la cerámica y un recuerdo que lo llena de ira. La Justicia había liberado a ese otro sospechoso, a ese otro monstruo de esas historias de niño, que ahora andaba libre. Cuando lo supo, no pudo evitar reír desesperado; más cuando se enteró de que aquel sujeto se había suicidado a solo quinientos metros de donde habían encontrado el cuerpo de la menor, allá en el campo, allá en ese paradero.

Lloraba, lloraba desconsolado, las manos apoyadas sobre la pared del baño, mientras el agua golpeaba parte de su espalda y una leve brisa intentaba entrar. Parecían latigazos de penitencia por no haber estado ahí evitando así lo que sucedería después. Se castigaba por no haber cambiado la realidad de esa pequeña, como dijo que lo haría cuando ingresó a la Policía; por no haber podido ofrecerles una vida a sus dos amores.

Suicidarse, jamás. No, eso lo quería el Diablo. Por ello, necesitaba sentir ese dolor en su cuerpo, ese dolor bajo el agua, como si se tratara de un cilicio sacerdotal golpeándolo constantemente. No, no podía

dejar que los demonios lo convencieran de que había actuado como un monstruo. Simplemente, debía ser el héroe de esta historia, al comprender que hace cuatro meses le había quitado al Mundo la posibilidad de dañar a su familia.



EL HOMBRE DEL TERRÓN DE ÁZUCAR

Para mi querida Agustina

> "El niño que no juega no es niño, pero el hombre que no juega perdió para siempre al niño que vivía en él y que le hará mucha falta".
>
> Pablo Neruda

El viento abrió de golpe la mampara de vidrio. Un minúsculo cartelito que decía "abierto" estuvo a punto de sucumbir por el vaivén; pero no cayó. No era la primera vez que una violenta brisa saludaba a los clientes de ese local del centro de Santiago. No obstante, a veces, ella se dejaba acompañar por algún consumidor habitual o, si había suerte, por un nuevo comensal. Sin duda, había una complicidad casi mágica entre el fenómeno *eólico* y el éxito del pequeño local, ubicado, como la tradición reza para estos lugares, cerca de Merced. O, al menos, así lo recuerdo.

En efecto, *recuerdo* es la palabra, ya que recuerdo que esa tarde, si es que ya era tarde, el viento abrió de golpe la mampara de vidrio. Un incidente común para la mayoría de quienes, después del

trabajo, degustaban un café y una medialuna; pero no así para un niño de actitudes inocentes que acompañaba a su bonita madre. Tampoco para mí, no tan inocente. No, definitivamente, ni para ese niño ni para mí, fue tan común lo que sucedió. Después de todo, yo escribiría este relato años más tarde; mientras que él haría notar a su escéptica madre, solo unos minutos después de que el viento abriera de golpe la mampara, el *místico* ingreso de un hombre de curiosa vestimenta. Así pasó, según recuerdo.

"Místico" sería la interpretación que yo hago ahora de ese sujeto. En el momento, seguramente lo vi como un hombre extravagante, como muchos, vestido de azul y acompañando al viento. Recuerdo, además, que él usaba un bastón, un sombrero de hongo y unas colleras con forma de océano, entre otros detalles que quizás lo hubieran hecho destacar a primera hora de la mañana, especialmente en el tren subterráneo de Santiago, pero no al final de la jornada laboral, donde el Mundo parece convertirse en una representación de autocomplacencia. Y para qué andar con rodeos, tan extraño no parecía en una calle como Merced.

Recuerdo que este peculiar hombre, tras ingresar al local, se ubicó en una esquina, en una

pequeña mesa con una sola silla, imperceptible para la mayoría, y pidió un café. Recalco que imperceptible para la mayoría, pues recordarán que un niño sí lo había notado. Niño más despierto que cualquier adulto que conozca, a cualquier hora del día, y quien, pleno de curiosidad, no podía dejar de observar a este particular sujeto desde el momento mismo en que entró. Además, estaba sentado casi frente a él. Sus gestos, sus gesticulaciones, la forma en que sacó un pañuelo dorado y lo posó sobre la mesa, eran tan impecables que aún me extraña que nadie más lo notara. Sí, podría decir que tuvimos cierta complicidad con aquel pequeño de unos seis o siete años. Yo entonces tenía veintisiete.

El hombre hizo un gesto preciso, vale decir, como todo lo que él hacía desde que el viento lo había invitado a pasar: un dedo alzado, casi como un asta de bandera, solicitaba una atención. De inmediato, una guapa mesera de pelo oscuro y ojos vacíos se le acercó con una taza de café: no había pedido nada más, interpreté. Delicadamente, ella lo colocó sobre la mesa. Luego, miró al cliente sin mirarlo y se fue contoneando sus caderas hacia el interior del negocio. El hombre solo se dedicó a observar la mesa desde que había bajado el dedo solicitador. Aunque, un gesto del pequeño, a quien yo

también observaba de reojo, me avisó de un leve brillo en las pupilas del curioso hombre.

El hombre vestido de azul, con un bastón, con colleras ahora color de océano, un sombrero de hongo y una particular sonrisa, llevó su mano al bolsillo derecho. Solo un espectador, además de mí, seguía el movimiento de esa misteriosa mano cuando sacó un terrón de azúcar para acto seguido colocarlo sobre la mesa. Casi de inmediato, el hombre solicitó otro café con su delgado dedo alzado como si del pabellón patrio se tratara. Sí, como leen, ni siquiera había probado el primero, ni realizado movimiento alguno por este: seguía allí, intacto, inmaculado sobre la mesa del local. Entonces, la coqueta mesera llevó otro café. Ni siquiera preguntó, ni le extrañó la actitud del cliente, simplemente ignoró cualquier pregunta que pudiera haber nacido de su ahogada curiosidad. Probablemente, las excentricidades de quienes visitaban el local le daban exactamente lo mismo, en especial si a estos los acompañaba una gloriosa propina.

El acto se repitió siete veces. Siete tazas con café hasta el borde se sirvieron, pero ninguna fue tocada por él. Cabrá mencionar, que también fueron siete veces las que el hombre vestido de azul, con

sombrero de hongo, bastón y corbatín llevó su mano a uno de sus dos bolsillos, sacó un terrón de azúcar y lo posó sobre la mesa. Lo curioso era que el resto del local parecía absorto en una especie de sonambulismo, en que nada más existía fuera del breve espacio designado con base en la promesa de un pago servicial. No crean que el niño no había intentado llamar la atención de su madre, pero ella había respondido encantadoramente "sí, que bonito hijo", por lo que todo intento de más auditorio había sido infructuoso.

Yo observaba. El pequeño también observaba cómo siete tazas de café irreprochables eran distribuidas por este "místico" sobre la brevísima mesa del local que lo albergaba tras haber sido invitado por el viento. En efecto, ambos contemplamos cómo sin sacarse siquiera el sombrero de hongo, el hombre había extraído del bolsillo de su chaqueta azul un compás, una escuadra y una regla y había comenzado a medir la distancia que había entre una taza y otra. Si alguno hubiera prestado atención, habría notado que él intentaba que la distancia entre cada una de estas fuera idéntica y que la luz se distribuyera de forma igualitaria. El café se enfriaba, pero él solo hacía movimientos de satisfacción al ubicar las tazas en el lugar previamente dispuesto.

El viento sopló de nuevo. La mampara se movió. Nadie entró. De todas formas, a nadie le importaba algo de lo que sucedía ni fuera, ni dentro. En cambio, el niño no se perdía detalle de lo que hacía este hombre. Por ello, no se perdió el momento en que tan *hipnotizante* sujeto echó un terrón de azúcar en cada taza de café. El gesto técnico fue de una precisión maravillosa. El brazo, el codo, la muñeca, la mano y los dedos parecían estar coordinados de manera perfecta, hasta el punto de que pese a la distancia entre cada taza, daba la impresión de que el hombre no había hecho ningún movimiento innecesario. El niño observó cómo salpicaba un poco de café desde cada tacita al recibir el dulce regalo.

Repentinamente, el hombre se quitó el sombrero. Puso sus brazos sobre la mesa y miró fijamente hacia la profundidad de las tazas. Apoyó su barbilla sobre las manos y sonrió mientras esperaba. Luego silbó y esperó. Volvió a sonreír. El niño estaba expectante. La madre solo aguardaba que el tiempo pasara. El Mundo alrededor ya estaba inconscientemente muerto. Recuerdo que, probablemente, solo yo fui capaz de ver en el niño que algo pasaba sobre la mesa de aquel hombre; sin

embargo, tengo la certeza de que ese algo ocurrió. El pequeño me ayudaría después a completar mi relato.

El muchacho se refregó los ojos. Asombrado llamó a su madre, quien, complacientemente, miró al hombre de azul, pero no vio nada. Rápidamente regresó a lo suyo pidiéndole al pequeño que se comiera lo que habían pedido o se enojaría con él. El niño sonrío con una mueca de por medio. Miró fijamente al hombre en busca de respuestas. De súbito, notó nuevamente cómo un pececito de colores había saltado de una taza a otra; aun había gotas de café sobre la mesa. El pequeño no podía creerlo, el hombre no dejaba de sonreír. ¿De dónde había salido? Yo aquí me limito a transcribir lo que el niño me contaría haber visto.

Incrédulo, el pequeño no apartó la vista hasta convencerse de que era una *Verdad*. Nuevamente, con el mismo impulso y velocidad, el pececito de color saltaba hacia la otra taza de café. El salto era idéntico, lo que explicaba la preocupación del misterioso hombre de que todo estuviera dispuesto de forma precisa. No una, catorce veces lo volvió a hacer. Catorce veces brillaron los ojos del niño. Yo lo vi, en él. Entonces, el pequeño no se aguantó las ganas, bajó

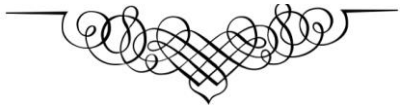
de su asiento y se acercó al sujeto del bastón. Su madre no lo notó.

El hombre no dijo nada: solo lo miró. Llevó su mano al bolsillo: ¡Un terrón de azúcar! El pequeño se alejó sonriendo, pues tenía el dulce secreto entre sus manos. Ávidamente comenzó a organizar las cosas en su propia mesa: había aprendido algo nuevo del Mundo y quería apropiarse de ello. Movió la sal, la copa de helado que su madre le había comprado, el café de ella… Todo parecía dispuesto. Por eso fue especialmente triste cuando escuchó un "qué estás haciendo", un "pórtate bien", "los niños buenos no hacen eso". Triste, porque se vio obligado a guardar en el bolsillo de su pantalón el mágico regalo para evitar así que este terminara en un amargo café. *Craso error*, porque en su casa, al echar el pantalón en la lavadora, nada quedaría.

Repentinamente, recuerdo que la *garzona* se acercó a la mesa del hombre con un papel. Esto sí lo vi. El niño observó cómo ella se enojaba ante el movimiento negativo de la cabeza del elegante caballero, del "mágico" hombre, quien ahora mostraba unos bolsillos vacíos. Unos minutos después, unos hombres de verde entraban antes que el viento moviera la mampara, lo tomaban con poca

gentileza de los brazos y se lo llevaban con la misma velocidad con la que entraron. Nadie se percató, ni se enteró de lo que había sucedido, excepto el niño con un terrón de azúcar en sus pantalones. Luego, me diría que siguió observando cómo un pececito de colores saltaba de taza en taza en la bandeja con los trastos sucios que una ofuscada mesera llevaba hacia la cocina.

Recuerdo que cuando me acerqué a completar lo que hasta entonces era solo un acto de fe, su madre solo atinó a señalar que hay gente muy "patuda" en este mundo, que pide café y no es capaz de pagar. Yo no olvidé. El niño tampoco.



SOBRE LA EXTRAORDINARIA MEMORIA DE ERNESTO FAUNDEZ SANHUEZA

"Saber olvidar, más es dicha que arte".
Baltasar Gracián

Recuerdo muy bien a Ernesto Faundez Sanhueza. Famoso personaje nacido allá en Curicó, un lejano 4 de agosto de 1966. De contextura más bien delgada, alto de estatura, ojos oscuros, incluso algo intimidantes, de conducta un poco antisocial, destacaba, desde muy pequeño, por tener una memoria que sobrepasaba, con suma facilidad, la media de cualquier habitante de la ciudad y, me atrevería a decir, probablemente del país.

En efecto, su excelente memoria nos llevó a que, durante un largo tiempo, lo llamáramos, directamente, "Funes". En respeto a su historia, habrá que mencionar que él nunca estuvo de acuerdo con dicho sobrenombre, pues, según entiendo, nunca

leyó nada de Borges, o bien, prefería pasar desapercibido para el común de los mortales. Creo, sinceramente, que la segunda fue la razón principal, ya que, a ciencia cierta, nunca ambicionó salir de la Región del Maule y, en consecuencia, nunca lo hizo.

Aun así, todos en la ciudad recordamos las proezas que Ernesto realizaba en el colegio. Sumamente memorable fue aquella vez en que, solo para no escribir lo que la profesora insistía que anotáramos en nuestros cuadernos, por cierto, con una caligrafía divina y una ortografía de santo, memorizó y repitió tantos poemas, que toda la atención de la clase recayó sobre él. El acto fue tan portentoso que la misma profesora, tras el sorprendente suceso, en más de una ocasión lo llevó al centro del patio del colegio para que repitiera, a viva voz, todos los versos que con pasmosa facilidad salían, una y otra vez, de su pequeña boca.

Ciertamente, desde entonces, Funes se convirtió en toda una celebridad; aunque, vale decir que, para la mayoría, del modo en que podría serlo un fenómeno de circo. De todas formas, el avispado director se tentó, durante un largo tiempo, a promocionar la institución como un nicho nacional de superdotados, con el objetivo de aumentar

exponencialmente la matrícula durante los próximos años. Por fortuna, la madre de Funes, tras enterarse de la motivación de nuestra desagradable autoridad, se negó, por lo que el "caso de los poemas" terminó inscribiéndose solo dentro de la memoria colectiva.

Ya en la universidad, la memoria de Ernesto era tan prodigiosa que, durante varios semestres, se encargó de memorizar las respuestas de un incontable número de exámenes para así compartirlas con nosotros. Nosotros cooperábamos activamente en parte de ese proceso, al descubrir que algunos profesores, año a año, no realizaban cambios en sus evaluaciones o, simplemente, reorganizaban las preguntas para que parecieran nuevas. Al saber esto, nosotros, sin mucho ingenio, las conseguíamos con estudiantes de semestres anteriores, se las entregábamos a Ernesto y este, finalmente, hacia lo suyo.

Por lo anterior, no es de extrañar que, más allá de nuestra labor recopiladora, Funes aprovechara su increíble memoria para establecer un fructífero y clandestino negocio; famoso sobre todo entre los estudiantes menos "duchos" en estas cuestiones de esforzarse. Y así fue, pues durante dos años, su fama creció tanto que, en algún momento, desde otras

universidades e institutos, muchos comenzaron a solicitar sus servicios generándose así una especie de red de información tan amplia que ninguna computadora de principios de los noventa hubiera podido igualar.

La sorprendente alza de calificaciones en, al menos, tres universidades y dos institutos de tres regiones, obligó a las autoridades a investigar la situación. Incluso algunos diarios del Maule se atrevieron a destacar las altísimas evaluaciones obtenidas durante los últimos semestres como la prueba irrefutable del incremento en el coeficiente intelectual del estudiante chileno promedio. Lo dicho, sin olvidar que esto había sido obra y gracia de las políticas educativas impulsadas por la Junta Militar. Dicho de otro modo, los uniformados al servicio intelectual del país.

Lo extraño de esto fue que, ante la buena noticia, sorprendentemente ningún académico quiso asumir alguna cuota de responsabilidad. Especulo que esto se debió a que, al descubrir a Funes, simplemente quisieron pasar desapercibidos para así no destacar su propia mediocridad. No obstante, después de dos años y medio, Ernesto abandonaría, misteriosamente, la carrera. Yo sabría muchos años después que una

serie de presiones institucionales lo obligarían a retirarse, elegantemente, por decirlo de alguna manera, aceptando un trabajo especial como "respaldo humano" de documentos de la biblioteca de la universidad. Cargo importante, ya que, en esos tiempos, las quemas accidentales de documentos solían ocurrir. De todas formas, nos consta que Ernesto nunca volvió a pisar el campus universitario.

Leyenda o no, cuento o no, puedo dar constancia de que su memoria era tan extraordinaria que quienes lo conocíamos obviábamos utilizar nuestras cabezas, cada vez que requeríamos un número telefónico y él estaba cerca. Lo mismo hacíamos cuando íbamos a algún local de Curicó, ya que no teníamos necesidad de ver la carta, pues Ernesto ya sabía de memoria nombres y precios de casi cualquier restaurante o bar dentro de la ciudad. Recuerdo que cada vez que llegábamos a alguno de estos, él levantaba su mano para hacer algo extraño con los dedos, luego esperaba el gesto del mesero de turno, quien corroboraba con el pulgar hacia arriba si había cambios en la carta o con el pulgar hacia abajo si no era así. Nunca, en el tiempo en que participé de esas reuniones, cometió un error.

Así era Funes, un memorión impresionante, tan real que el cuento de Borges bien podría ser considerado un texto realista. Así era, digo, porque un día, Ernesto comenzó a olvidar. Y no como nosotros que olvidamos de forma accidental o, simplemente, porque nuestro cerebro desecha aquellas cuestiones que no son tan relevantes para nuestra supervivencia. No, el comenzó a olvidar de una forma sistemática e intencionada. Libremente, decidió destruir su don, moviéndose así de lleno contra su propia naturaleza. La razón: algunos sospechaban que su deseo surgió conscientemente al notar las posibilidades reales de que su cerebro recordara todo, casi en un acto de reconocimiento de su propia limitación humana. Sin embargo, debo decir que no. El verdadero motivo tuvo que ver con aquello que nos hace decidir por la intencionada estupidez, sin importar quiénes somos ni que tan inteligentes fuimos.

A Diego Rebolledo lo conoció a principios de los noventa cuando ambos tenían entre veinticuatro y veinticinco años. Músico, cantante, hombre talentoso y apuesto, de no mucha estatura, pero con una voz capaz de hacerlo gigante a la vista y desearlo tan intensamente como si fuera el más grande galán de todos, simplemente, lo flechó. Nunca, en nuestras vidas junto a él, lo vimos como esa noche, tan

cariñoso frente a otro ser humano, tan amoroso frente a nosotros, sus amigos de siempre. De hecho, esa primera vez en la que nos los presentó como su "amor" resultó para todos una verdadera sorpresa, pues a Diego ya lo habíamos escuchado cantar en Talca y bien recordábamos que, entonces, Ernesto se había mostrado absolutamente indiferente ante ese alguien que a todas luces dominaba el escenario. Te confieso que la mayoría de nosotros creía que Funes era asexual, por ello, jamás lo habíamos imaginado con pareja, menos con un hombre. No obstante, ese día, en casa de Bárbara, hicimos un notable esfuerzo para que no se notara nuestra extrañeza.

Sin embargo, recuerdo algo más importante de esa noche: fue la primera vez que Ernesto olvidó algo. La verdad es que el presenciar ese olvido nos sorprendió mucho más que cuando llegó con su pareja a la reunión. De todas formas, nunca estuve seguro de si, en dicha ocasión, lo hizo adrede para que Diego participara del grupo o fue un indicio de lo que vendría después. Aun así, sí estoy seguro de que nuestras caras evidenciaron la sorpresa de que, por primera vez, olvidara algo. Aunque, cabrá agregar, esto ayudó a que lo de la "pareja" resultara totalmente insignificante: ¡Ernesto había olvidado algo! Lo siguiente, solo fueron risas generalizadas, muchas

cervezas y una velada agradable entre amigos de toda la vida y en la que se hacía explícito el amor que sentía Ernesto por Diego; aunque no podría asegurar si era mutuo. A la mañana siguiente, despedidas, la típica promesa de vernos todos muy pronto y la ignorancia sobre lo que le depararía el futuro a nuestro querido y extraordinario amigo Funes.

Como bien sabemos, esa famosa promesa tiende a no cumplirse y, en nuestro caso, no fue la excepción. Por lo mismo, me disculpo, sinceramente, por las imprecisiones que pudieran reconocerse a continuación. Según he recogido de varias fuentes cercanas, la decisión de Ernesto comenzó cuando él y Diego terminaron su fugaz y apasionado amor. Al parecer, nuestro Funes cayó directo en una especie de foso de autocompasión y sufrimiento, tras alejarse del que él suponía el amor de su vida. Sin haber estado ahí, lo entiendo, pues el solo hecho de atreverse a presentarlo como pareja, a todo el mundo, conociendo su difícil personalidad, evidenciaba que lo que Ernesto sentía por Diego era intenso.

Por ello, cuando lo encontró en la cama que habían comprado a medias, mirando una película en el televisor que juntos habían pagado, comprendo que debe haber sido una imagen tan chocante, que a lo

único que atinó el pobre Ernesto fue a gritarles, a echarlos de la casa, mientras tomaba un cuchillo y se ponía a destripar el colchón que tantas veces habían compartido. Fue un momento de locura, sin duda, pero, en ese instante, solo estando en el pellejo de Funes, podríamos entender el porqué lo hizo.

Lo que siguió fue un corto y severo proceso de degradación. Más de alguien podrá corroborar que Ernesto se dejó llevar por el alcohol. Mi abuelo siempre me decía que hay dos razones para beber: desinhibirse u olvidar. Él comenzó a hacerlo por lo segundo, en un intento suicida por desprenderse de la imagen de Diego, por quitar de su mente portentosa cualquier rastro de este músico que lo había dejado en fragmentos. Sin embargo, el proceso debe haberle resultado muy lento e ineficiente, pues lo que él necesitaba era olvidar de manera rápida y definitiva. Simplemente olvidar, como en aquella película de extenso nombre protagonizada por un grandioso Jim Carrey. Así que una vez que descubrió que no lo lograría mediante whisky, vodka, pisco, absenta, se vio forzado a buscar otra alternativa que llevara su cerebro desde la memoria absoluta a la nada consoladora.

Si bien la memoria de Ernesto era en sí misma extraordinaria, pese al resultado final, compartirán conmigo que igual o más extraordinario fue que solo haciendo gala de una voluntad impresionante, un día cualquiera, Funes comenzara a olvidar sistemáticamente. En efecto, tras descubrir de manera definitiva que el alcohol no lo ayudaría a olvidarse de Diego, regresó a su departamento, el 421 si no me equivoco. Se sentó en su incómodo sillón. Descubrió frente a él, sobre una silla, un sombrero de copa, una corbata y unos zapatos desgastados que no utilizaba hace tiempo y que heredaría a un amigo. Se concentró en un punto de la pared. Imaginó la nada y comenzó, poco a poco, a olvidarse de la realidad. Por boca de él mismo, supimos que lo hacía dogmáticamente durante cada día de la semana. Al principio, pareció una broma, una ridiculez; pero al final ya no reímos más.

Sorprendente fue darnos cuenta de que tras dos semanas, Ernesto ya no era capaz de nombrar ningún color. Cuando conversamos con él acerca de esto, creíamos que nos tomaba el pelo, mas cuando le preguntábamos por los colores, un poco en juego, un poco en serio, simplemente te miraba con una cara absurda de interrogación. De inmediato, nosotros hacíamos el intento de nombrarle el color. Al

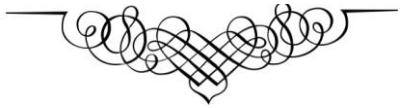
anticiparlo, él se tapaba los oídos y comenzaba a balbucear cualquier cuestión sin sentido, con el objetivo de no regresar el concepto a su cabeza.

Así es como, a las cuatro semanas, Funes había olvidado los números, por lo que pronto no pudo hacerse cargo de cuentas, de dinero, de nada que implicara contar. A los tres meses ya no lo vimos más. Después nos enteraríamos de que no tenía forma de salir de su casa, pues no recordaba siquiera cómo caminar. Nos vimos forzados a internarlo en un psiquiátrico, pues ya no era capaz de valerse por sí mismo. Lamentablemente, Diego seguía dentro de él.

Hace un par de semana lo visité. Ya son cuatro años desde que Ernesto Faundez Sanhueza, quien pudo ser hijo ilustre de Curicó, comenzó un triste, pero sorprendente proceso de olvido. Me costó reconocerlo allí postrado, sin palabras, sin expresión, sin movimiento, sin nada. Quien fuera el portento de la memoria, quizás a nivel del personaje de Borges, ahora parecía ser un disquete formateado, o bien, se había convertido en una simple ameba en este ejercicio de olvidar.

De todas formas, hice el intento de comunicarme. Durante treinta minutos, me senté a su

lado a leerle *Un hijo de perra y otros cuentos* esperando observar siquiera un movimiento. Nada pasó; excepto cuando ya cansado me acerqué para despedirme. Entonces, me encontré en sus ojos. Parecían a punto de llorar. Después, el milagro. Una sola palabra, quizá la única palabra en su memoria, la última que pronunciaría: "Diego". Entonces supe que su intento había sido un fracaso.



UN HIJO DE PERRA

Para mi cachorro

> Siempre habrá un perro perdido en alguna parte que me impedirá ser feliz.
>
> Jean Anouilh

Te ladraré una brevísima historia. Sí, lo haré con gusto. Solo para que no digas que no te quiero tanto como tú me quisiste a mí. En verdad, espero que sepas escuchar cada ladrido con suma atención, aunque sea un poquito; después de todo, yo siempre te escuché o intenté hacerlo, pese a tu extraño hablar. Sí, lo hice. De hecho, aún recuerdo, los secretos que me narrabas ahí, junto a la cama donde ahora estás; todavía me acuerdo, claramente, del cómo me hablabas de todos tus problemas, pero también de tus triunfos, allí, donde ahora estás llorando. Por ello, yo asumiré que tú también me escuchas, que tú me entiendes, que me sospechas acá arriba, aunque no me veas; y que, por tanto, todavía me quieres. ¿O no son por eso tus lágrimas? ¡Tantas horas llorando! Y te entiendo; no sabes cómo.

Lo cierto es que yo también quisiera aullar fuerte por ti; aun cuando hace mucho que no lo hago. Solía hacerlo; pero cuando comprendí que si no naciste en *cuna de oro*, que si no has tenido fortuna o que si no has sido humano, la vida será naturalmente difícil, dejé de hacerlo. Muchos años ya desde que caminaba cabizbajo, con frío, comiendo sobras que caían, accidentalmente, de una mesa en el casino de la universidad o que algún alma, de esas que aún existen con algo de bondad, incluso hoy, me acercaba al hocico. Eso debía ser algo bueno, pensaba: ¡Estudiar en la universidad! Comparten con otros, conversan, ríen, tienen tiempo libre, les dan comida… comida. ¡Si tan solo existieran universidades para mí! Al menos, puedo decir que allí te conocí; que allí dejé de aullar. Y esa es la parte linda de la historia: la que juntos construimos. ¿Pero antes de eso?

Yo nací junto a un río. Por si no lo sabías, nací bajo un puente llamado Arzobispo, ubicado en la comuna de Providencia. Si uno lo piensa un poco, todo suena irónicamente religioso; irónico, pues mi nacimiento no tuvo nada de especial. Después de todo, fui el menor de ocho hermanos, nacidos de una sola vez, lo que hizo las cosas difíciles desde mi primer contacto con este mundo y poco amigables con cualquier fe. Es más, apenas abrí los ojos, apenas

comencé a hacerlo, debí asimilar, obligatoriamente, qué es sobrevivir, qué es luchar por la supervivencia, aceptando de inmediato "agachar el moño", aceptar el "abuso" y "mirar hacia otro lado". El menor de la camada, ese era yo.

Mi madre fue una verdadera perra. ¿Su pasado? No tengo la menor idea; aunque, al parecer, mi abuela provenía de una familia más pudiente. Inclusive escuché que mi madre tenía ciertos rasgos de *pedigrí* hasta el punto de que muchos se preguntaban cómo había llegado a esa situación. ¿Sobre mi padre? La verdad es que no tengo mucho que decir, pues, desde que vine a este sucio mundo santiaguino, nunca lo conocí. Probablemente, era de esos *machos alfa* que abundan en el país; de esos que tienen una filosofía muy clara sobre la paternidad: preñar y desaparecer. A él le debo una horrorosa mancha de nacimiento sobre mi muslo; horrible, pues todo el mundo me decía "feo" al solo verla. Esa es su herencia.

Ciertamente, mi vida, desde un principio, no auguró el acceso a los mayores manjares de esta ciudad. Por el contrario, desde muy cachorro debí arreglármelas solo si es que quería comer y sobrevivir o, simplemente, no morir en una esquina de la capital.

¿Por qué ese afán mío de seguir viviendo? Una pregunta que insistía en hacerme durante mis recorridos por Avenida la Paz, por Estación Mapocho, por el Puente Cal y Canto. Lugares graciosos, tanto como mi querida Providencia. Graciosos, porque allí uno descubre lo raro que son ustedes: Avenida la Paz, nada tranquila; la Estación Mapocho, no era una estación; el Puente Cal y Canto, no era un puente. Y luego nos dicen a nosotros irracionales.

En fin, te ladraba acerca de cómo debí arreglármelas desde muy pequeño. Recuerdo vívidamente cómo durante un tiempo mi único consuelo fue saber que no era el único en tamaña empresa, pues mis hermanos también debieron solucionar ese dilema que nadie que respire, camine o folle puede omitir: el comer. Sinceramente, no éramos para nada apegados. ¿Cómo serlo? Si el beber juntos la leche de mamá ya era una muestra de lo que el futuro nos deparaba: lejanía y ausencia; y mucha pelea. En efecto, al poco tiempo nos distanciamos hasta el punto de que solo esporádicamente sabíamos algo de cada uno.

¿Por qué el Creador nos puso aquí? ¿Existe tal Creador? Filosofaba, me interrogaba a veces a las

afueras de la Catedral Metropolitana, durante uno de mis habituales y solitarios recorridos de "callejero" por la Plaza de Armas; ello, mientras veía a mucha gente entrar y salir, pegarse en el pecho y llorar, sacar fotos y reír, siempre haciendo caso omiso de mi presencia, por más sediento que estuviera. Sin embargo, pese al que le pese, viví. Lo que ya es mucho decir, ya que meses más tarde un perro viejo me gruñiría acerca de tres perritos que habían muerto cerca del metro: a uno lo envenenaron; al otro, lo atropellaron; al tercero, y por este sentí a un más dolor, lo apalearon por ser atrapado *in fraganti* con una hogaza de pan. Antes de eso, yo pensaba que ustedes juzgaban a sus ladrones; lo que no sabía era que robar comida implicaba "muerte". Gruñí, pero decidí no quejarme, pues, según un desaliñado predicador, Dios les había dado la potestad sobre nosotros: "Llenad la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra". Nada que hacer. Eso explicaba todo. ¡Ese Dios se equivoca!

Pese a todo, he de decir que el deambular solo tuvo sus ventajas. Por lo menos, después de muchos meses y de mucha experiencia ganada a costa de patadas y insultos, me fue más fácil conseguir alimento; no como cuando éramos seis corriendo de

aquí a allá. Con los años, también me alejé de mi madre. No porque quisiera, sino porque era la única forma de conseguir algo más que llevar al hocico. Lo confieso: la verdad es que me perdí. No supe cómo volver a ella, y por más que le ladraba a la gente, nadie me ponía atención. Solo unos niños trataron de ayudarme, pero sus poco considerados padres los apartaban de mí, aludiendo no sé que qué enfermedad podría tener… ¡Cómo si yo fuera una paloma!

Siempre he creído que los niños debieran gobernar esta ciudad. Al menos, nosotros no sufriríamos tanta pellejería por culpa de esos seres en los que se transforman. Los niños entienden nuestros ladridos y nuestras miradas; también nuestros corazones. Los adultos solo entienden esos aparatos rectangulares que llevan conectados a la cabeza: más de alguna vez chocaron conmigo por no ir mirando por dónde iban. Aunque eso era mejor a ser ignorado; lo era; aunque después me echaran la culpa.

¡Uf!, humanos. Dos amos tuve antes de ti: humanos también. Dos seres que acepté por necesidad, pues me vi tan cómodo y alimentado durante meses, que dejé de ladrar por mis deseos, de gruñir mis peticiones, todo con tal de hacer el menor esfuerzo mientras estuve con ellos; para no

molestarlos. Lo irónico es que esos dos "amos" eran muy parecidos a nosotros. Hombres y mujeres elegantes, limpios y sin gestos los despreciaban e ignoraban como si fueran una lacra, unos simples "perros de la calle" que merecían su situación. Tal vez por eso admití sumiso acompañarlos en su día a día. Eran más pobres que yo, más sufridos que yo, mas muchas veces dejaban de comer para alimentarme.

El primero fue uno de esos que llaman "mendigo". Como si la ironía fuera ley de la vida, pasaba casi todo el día fuera de una iglesia que está en la calle Estado. Mi amo no era para nada un santo, pero entiendo su actitud, ya que la gente después de rezar y llorar y cantarle a un par de figuras, lo ignoraba al salir del edificio, e incluso lo mandaban a trabajar, como si él nunca lo hubiera intentado. "Dios proveerá", él decía. Luego descubrí cómo aprovechaba cualquier descuido y ¡zas! una billetera de cuero para agradecer al Cielo la oportunidad. En algunas ocasiones, el efectivo bastaba para que nos diéramos un festín: ¡Gloriosa justicia! Sin embargo, ningún trabajo es para siempre y un día lo pillaron. Se lo llevaron entre cuatro seres de boina; hermanos supuse. No lo volví a ver.

El segundo "amo" fue una mujer, según entiendo. A ella la veía solo de noche en la calle San Antonio. Siempre tenía una palabra linda para mí; lo que me sorprende, pues no era muy lindo lo que a ella le decían. Nunca entendí el porqué usaba ropa, si vestía casi como que no la usara. Y tampoco me parecía muy lógico que, de veces, unos sujetos pagaran para llevársela a un auto o a un rincón y hacer eso que yo hacía sin tanta ceremonia cuando me daba la gana. No obstante, más allá de su extraña actividad, agua y comida no me faltaron en esa esquina. En esos momentos, creía sentir a Dios.

Ella era muy linda, más allá de sus ojos tristes y su gastado cuerpo. Y a mí me trataba como al perro más fino de la ciudad. Yo solo atinaba a mover la cola, pues hace tiempo que había olvidado cómo ladrar. Según entendí: ella tenía precios para todo. Nunca comprendí mucho la situación. Hasta que mi estadía se vio abruptamente interrumpida… Sí, otra vez por culpa de esos violentos seres vestidos de verde. Me parece que ellos se dedicaban a eso, aunque nunca vi que se llevaran a los tipos de corbata, de falda o de traje.

Así fue como, repentinamente, me vi solo en este Mundo. Una vez más. Hasta que te conocí en la

universidad. Y aun cuando yo estaba tiritando de frío, con mucha hambre, y lleno de pulgas, me recogiste, me cuidaste, me pusiste un nombre, un lindo nombre, y me tuviste a tu lado hasta el último día. Entonces supe que no había nacido solo para sufrir y que eso que llaman Dios, tal vez no fuera un alguien distinto a ti o, tal vez, estaba en ti, con tu mirada de niño. Entonces, fui simplemente feliz. Volví a ladrar.

Mi cuerpo está en tu jardín, han pasado unas horas desde que me enterraste. Alguien podría pensar en tierra y cal, pero yo veo lo mucho que te preocupaste de darme un descanso digno. Hasta florcitas crecerán allí. Y mi nombre también está escrito. Yo estaré cuidándote. Moveré la cola donde sea que esté. Sé feliz, la vida al final no es tan perra y cuando lo parezca, solo escúchame ladrar. Te quiero.

ÍNDICE

-*Prólogos*
-*Para saber y contar* de Jaime Galgani
-*Abriendo ventanas* de Lidia Mansilla

-*A la vuelta de la esquina*

-*Melancólico relato sobre una pequeña rosa encontrada en el jardín de la universidad*

-*A las tres de la mañana*

-*Historia de un hombre que amó*

-*Breve historia de un hombre que perdió a una mujer en el departamento 421*

-*En memoria de Don Trementino Marabunta*

-*Cuento sobre una horrorosa metamorfosis que ocurrió en una esquina de la gran ciudad*

-*Historia de dos hombres que se extraviaron en el olvido*

-*Sobre la insólita y horrible lucha de un justo contra los demonios del mundo*

-El hombre del terrón de azúcar

-Sobre la extraordinaria memoria de Ernesto Faundez Sanhueza

-Un hijo de perra